

AMIGOS DE OTRO MUNDO

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION



AMIGOS DE OTRO MUNDO

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

642 – ¡Planeta a la vista!, *Glenn Parrish*.

643 – Enigmas de destrucción, *Ralph Barby*.

644 – Las criaturas del vacío, *Curtis Garland*.

645 – Asalto al tiempo, *Glenn Parrish*.

646 – La pirámide de oro, *Joseph Berna*.

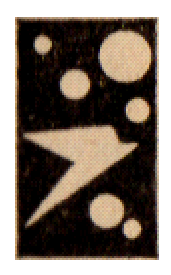
GLENN PARRISH

AMIGOS DE OTRO MUNDO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 647

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 38.306 - 1982

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: enero, 1983

2ª edición en América: julio, 1983

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

La perforadora mordió suave pero potentemente en la roca y la desmenuzó en microscópicas partículas de polvo, que eran enviadas por un poderoso aspirador al pequeño y eficiente laboratorio automático de análisis. Egon Darkin pulverizó cosa de un decímetro cúbico de roca y luego paró la máquina, movida por energía solar.

En torno a él, reinaba una negrura absoluta, sólo interrumpida por el lejano brillo del sol, a unos setecientos millones de kilómetros de distancia. Hacía ya meses que se había instalado en aquel pequeño asteroide, cuyo diámetro máximo no superaba los veinte kilómetros y creía hallarse a punto de tocar la fortuna con las manos.

—O en vísperas de convertirme en un mendigo —dijo.

Darkin trabajaba en el interior de un recinto de forma cupular, cuyo diámetro era de unos cien metros. La altura era, aproximadamente, de treinta. Disponía de una diminuta central de energía, que le proveía de aire, luz y calor. Tenía abundantes provisiones de boca y otra máquina extraía el hidrógeno y el oxígeno necesario de las rocas y los transformaba en agua, de modo que incluso podía permitirse el lujo de un baño semanal.

Bajo la cúpula transparente, provista de un detector de meteoritos, que le anunciaban un posible impacto, para tomar las medidas oportunas, había un pequeño barracón, en el que Darkin tenía un dormitorio, un baño y una sala, que servía también de comedor y de cocina. La cuarta habitación era el laboratorio de análisis.

Montar la estación le había llevado casi seis meses y prácticamente toda su fortuna. Tiempo atrás, había explorado el satélite y creyó hallar muestras de lo que podía convertirle en un hombre rico. Entonces, se decidió a hacer lo que él llamaba la inversión de su vida.

Dado el ambiente artificial en que se movía, vestía habitualmente camisa de manga corta y pantalones también cortos, aunque, lógicamente, disponía de un excelente traje espacial, para salidas ocasionales al exterior. En el laboratorio, aguardó ansiosamente los resultados del análisis.

Un cuarto de hora más tarde, la pantalla de la máquina se iluminó. En letras verdes de dos centímetros y medio apareció el resultado: PUREZA DE LA MUESTRA: 99’97%, EN 1 Kg. DE MATERIA ANALIZADA.

— ¡Hurra! —gritó Darkin, tremendamente alborozado.

* * *

Sentíase bastante preocupado y decidió que resultaría conveniente hacer algo que aliviase su tensión mental. A fin de cuentas, todo estaba hecho ya y nada podría evitar el resultado del juicio que se iba a celebrar al día siguiente. Salvo que su actuación resultase impecable, cosa que dudaba, dada la categoría del abogado rival. Aunque tenía un «as» en la manga.

Le derrotarían ignominiosamente y todas sus esperanzas de llegar a ser algo en esta vida se habrían disipado antes del mediodía siguiente. Poseído por tan fúnebres pensamientos, James «Flush» Holcott se dispuso a entrar en un bar a cuyo propietario conocía desde hacía muchísimos años.

Cuando llegaba a las inmediaciones, vio venir hacia sí a una bellísima mujer. Era muy rubia, de largos cabellos sueltos, que parecían auténticas hebras de oro, ojos de color azul muy claro y una silueta que parecía ser el súmmum de las perfecciones. Holcott se quedó embobado al verla y hasta se olvidó por completo de todas sus preocupaciones.

Ella vestía un traje de color fucsia, que a Holcott le pareció era el último grito de la moda. La falda, corta, aunque no en exceso, permitía ver las piernas más bonitas que había contemplado en su vida, y los pies estaban calzados con unas botas blandas, de medio tacón, que hacían juego con el vestido y el bolso que colgaba de su hombro izquierdo.

Holcott creyó que la hermosa desconocida pasaría de largo, pero, inesperadamente, ella se le acercó y le hizo una singular pregunta:

—Caballero, ¿puede decirme dónde hay un bar?

Holcott parpadeó. A su izquierda, a pocos pasos, se veía el rótulo: EL PATO CANALLA. Propietario, Joe Pashall.

—Sin duda, es usted forastera, señora —sonrió.

—Sí, desde luego. No soy de la Tierra —contestó la joven.

—Ah, marciana...

—Ustedes nos llaman así a los extraterrestres, pero no nos molestamos por ello. Perdone que se lo recuerde, pero aún no ha contestado a mi pregunta.

Holcott no pestañeó. «O no sabe leer o tiene ganas de broma», pensó.

—Aquí, precisamente, tenemos un bar al alcance de nuestros gaznates —dijo—. Permítame que me presente, señora: Soy James Holcott, apodado Flush por unos pervertidos colegas llenos de mala intención hacia mí.

Ella rió argentinamente.

—Te llamaré Flush —dijo—. Soy Athasia Dbozih. ¿Cómo estás?

—Encantado de haberte conocido. ¿Tomamos una copa?

—Sí, desde luego.

Holcott se dijo que la bella desconocida podía o no ser una bromista, pero estaba seguro de que iba a quitarse las preocupaciones durante un buen rato. Asiéndola del brazo, sin que ella protestara, entraron juntos en el bar.

Joe Pashall, el dueño, les miró con la sonrisa en los labios. Era un cuarentón, muy bien parecido, pero a quien amargaba el hecho irremediable de que, en pleno siglo XXII no se hubiese inventado aún un remedio contra la calvicie. Pashall tenía la cabeza tan lisa como una bola de billar, lo cual, en su opinión, le restaba éxitos entre las mujeres, porque se sabía capaz de conquistar a cualquiera, pero siempre estaba en desventaja con su calva.

Pashall y Holcott eran amigos desde hacía bastantes años y reinaba una lógica confianza entre ellos. Cuando Pashall vio entrar al abogado, en compañía de aquella despampanante rubia, emitió un gruñido de mal humor, porque se daba cuenta de que Holcott había hecho una conquista de las que a él le estaban vedadas.

—Buena pieza, ¿eh, abogado? —dijo cáusticamente.

—Estoy entera —protestó Athasia.

Holcott soltó una risita.

—Te ha dado una pequeña lección, Joe.

—Lo siento, no quise ofenderla. Pero, ¿de dónde la has sacado?

—Ella dice que es marciana. Yo no puedo confirmarlo.

—Ya, y yo soy venusino.

—No soy marciana —dijo Athasia—. Pero ustedes, los terrestres, nos llaman así a los que procedemos de mundos distintos al suyo.

—Está como para que la encierren —gruñó Pashall. Lo que consideraba ganas de burla de la joven empeoró aún más su humor y empezó a pensar en la forma de tomarse un pequeño desquite—. Bueno, ¿qué les sirvo?

—A mí, una copa de «spharrikx» —pidió Athasia.

Pashall miró al joven. Holcott hizo un gesto, como diciendo que debía de tratarse de una bebida desconocida para ellos, pero que, sin embargo, debía complacer a la «marciana».

—Y a mí, también, otra copa de... ¿cómo has dicho, Athasia?

—«Spharrikx». Aquí, en la Tierra, tienen de todo, supongo.

—Supone usted bien, señora —dijo Pashall.

«Ahora verá esta prójima», se dijo, mientras empezaba a mezclar bebidas en una gran jarra.

Puso vodka, ginebra, aguardiente de bayas, dos cucharadas de sal y cuatro de pimienta, agregó el jugo de un par de limones y remató la tarea, completando el recipiente con medio litro de alcohol puro que tenía para casos de emergencia. Agitó la mezcla unos minutos y luego

llenó dos copas.

Athasia despachó la suya de un trago.

—Muy bueno, muy bueno este «spharrikx». Infinitamente mejor que el que hacen en Ztaphur. Sírvame otra, Joe.

Holcott no decía nada. Simplemente, no podía hablar.

Con una mano en la garganta, miró suplicantemente a su amigo, a la vez que le hacía señas desesperadas. Pashall, venenosamente, contestó:

—Lo siento, caballeros; en este bar, está prohibida el agua.

—Agua —repitió Athasia—. ¿Por qué beber agua, teniendo este «spharrikx», que está riquísimo? Joe, otra de lo mismo, por favor.

Haciendo un esfuerzo, Holcott consiguió hablar y alargó una mano:

—Joe, si le pones otra copa a esta chica, mañana te acusaré de homicidio premeditado —amenazó—. Hombre de Dios, ¿qué maligno brebaje nos has servido?

—«Spharrikx», lo que pidió ella —contestó Pashall sin inmutarse—. Tú pediste otra copa de lo mismo y… Bien, yo estoy aquí para complacer al cliente.

—Algunos clientes, y yo el primero, maldecirán a partir de ahora al fundador de Ia dinastía Pashall —dijo el joven—. Otro día, sírveme vitriolo; es mucho más suave.

—¿,Qué te pasa, Flush? —preguntó ella—. ¿Acaso no te gusta el «spharrikx»?

—Es poco sabroso, para mi sentido del gusto. Pero no te preocupes, ya comprendo que cada país tiene su bebida y… Joe, hermano, sírveme una cerveza, para cicatrizar las quemaduras de mi garganta.

—Sí, claro, al momento. Perdona, Flush, pero no quise enojarte. Ya te explicaré en otro momento…

De pronto, Athasia señaló el pelado cráneo de Pashall.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

—Nada, está más sano que una manzana —contestó Holcott.

—Debe de ser de otra raza distinta. Tú tienes pelo en la cabeza, lo mismo que yo. El tuyo es negro y el mío rubio, pero eso no importa; a fin de cuentas, es cabello. Pero él, Joe, quiero decir, no tiene ni vestigios de pelo…

—No soy de una raza distinta a la de Flush, señora —rezongó Pashall—, Simplemente, perdí el cabello, a causa de una enfermedad incurable llamada alopecia.

— ¡Cuánto lo siento! —dijo la joven—. Joe, usted me ha servido el mejor «spharrikx» que he probado en los días de mi vida. Como agradecimiento, ¿me permite que le dé algo que curará su enfermedad en muy poco tiempo?

—¿Quiere decir que dejaré de ser calvo? —se asombró el barman.

—Sí, eso, justamente.

Athasia abrió su bolso, hurgó en él unos momentos y sacó un diminuto frasco que contenía no más de tres centímetros cúbicos de un líquido de color rosado, espeso y transparente. Luego lo puso en las manos del asombrado Pashall.

—Esta noche, cuando se vaya a dormir, fricciónese bien con el contenido de este frasco, durante diez minutos, aproximadamente. Deje luego que se seque el líquido sobre la zona carente de vello y luego acuéstese sin más preocupaciones. Eso es todo, Joe.

Pashall cambió una mirada con el joven. Holcott hizo un ligero encogimiento de hombros.

Al fin, Pashall se echó el frasquito al bolsillo y trató de dulcificar su actitud.

—En fin, para celebrar la llegada de esta preciosa marcianita, invita la casa. ¿Otra copa de…?

—Jerez, suave —pidió Holcott rápidamente, temeroso de que su amigo quisiera servirles de nuevo otra dosis de aquella diabólica pócima.

Cuando terminaron, Athasia dijo que tenía que marcharse.

—¿Adonde, si se puede saber? —preguntó Holcott.

—Al hotel en que pienso hospedarme, claro. Me han dado la

dirección del Imperia…

—No está muy lejos de aquí. Te acompañaré, si no te importa.

—Al contrario, será un placer. —Ella agitó la mano—. Adiós, Joe, y no se olvide de friccionarse la cabeza esta noche.

—Lo haré sin falta —prometió Pashall, cuyas intenciones, respecto a la medicina, consistían en tirarla por el sumidero en cuanto llegase a su casa.

Holcott y la joven caminaron juntos por la acera. Un poco más adelante, ella le preguntó:

—¿A qué te dedicas, Flush?

—Soy abogado y, en la actualidad, ayudante del fiscal. Mañana, precisamente, he de intervenir en un juicio.

—¿Qué es eso de fiscal? Comprendo lo de ayudante, que significa, más o menos, colaborador, pero desconozco lo que es un fiscal.

Holcott miró con asombro a la joven. ¿Bromeaba?, se preguntó.

Con gran paciencia y exquisita cortesía, le explicó las funciones de un acusador público. Y, al terminar, a su vez, le hizo una pregunta idéntica:

—¿Qué haces tú, Athasia?

—O, investigo las condiciones y costumbres de vida de la Tierra —respondió ella con cierta displicencia—. Sé muchas cosas, desde luego, pero todavía me falta mucho para llegar a…

Athasia se interrumpió de pronto. Holcott arqueó las cejas.

—Para alcanzar algún título, supongo. —Decidió que debía seguir la corriente a una joven tan hermosa y, a la vez, tan excéntrica.

—Desde luego. Cuando haya completado mi trabajo, recibiré el diploma de doctora en Exoantropología —dijo la joven con absoluta seriedad.

CAPITULO II

Al día siguiente, ocurrieron varias cosas más o menos al mismo tiempo. El primero de aquellos sucesos tuvo como protagonistas a Joe Pashall. Joe despertó a la hora de costumbre, más o menos, bostezó aparatosamente, se rascó la tripa y luego fue a! baño. Al cabo de un rato, se miró al espejo y se hizo las muecas acostumbradas,

—Tendrás que comprarte una peluca, muchacho; de otro modo, las mujeres huirán de ti como la peste. Pero, ¿qué pasará, si en el momento más crítico se te desprende la peluc...?

Pashall tenía la costumbre, a veces, de hablar consigo mismo, en especial por las mañanas, al levantarse de la cama. Lo que vio en el espejo le hizo callarse en el acto.

Durante unos segundos, permaneció inmóvil como una estatua. Luego abrió el grifo del lavabo y se arrojó agua a los ojos. Después volvió a mirarse en el espejo.

Lentamente, levantó la mano derecha y se la pasó por la cabeza.

—No puede ser... Estoy soñando... —gimió.

El cristal azocado le devolvía la imagen de un hombre cuya calvicie había desaparecido en absoluto. No tenía aún mucho pelo, pero sí le había crecido una capa de medio centímetro de espesor y lo notaba claramente al pasarse la mano por encima.

Para salir de dudas, agarró con ambas manos unos mechoncitos de cabello y tiró con fuerza. Gritó de dolor. No era una ilusión; le había crecido el pelo auténticamente. Lo tenía como si se lo hubiese cortado al rape un par de semanas antes.

—Pero es pelo, pelo legítimo... —aulló, ebrio de alegría, porque, en medio de todo y pese a sus dudas, había utilizado el líquido contenido en el frasquito que le había entregado aquella hermosa joven.

—Bendita marcianita —dijo un poco después, cuando se hubo calmado en parte—. Si le encontrase, la daría un beso de gratitud muy fuerte...

Sólo un detalle empañaba la felicidad de Pashall: el pelo era de color rojo vivo y él había detestado siempre a los pelirrojos, aunque

no a las pelirrojas, por supuesto.

—Bueno, cuando me crezca más, se oscurecerá —calculó—. Y bien mirado vale más una mata de pelo del color de la zanahoria que una bola de billar encima de los hombros.

El segundo suceso se produjo durante la celebración del juicio, en el que Holcott tenía la misión de probar la culpabilidad del acusado.

Harrty Lipstone era un sujeto muy escurridizo, que hasta entonces había conseguido pasar siempre a través de las mallas de la ley. No se le había podido probar jamás ni un solo delito, pero ahora Holcott tenía unos documentos que podían enviar a Lipstone a presidio durante muchísimos años.

El defensor de Lipstone había intervenido, rebatiendo punto por punto los argumentos de la acusación. El jurado parecía muy inclinado a conceder a Lipstone, una vez más, los beneficios de la inocencia.

Holcott dejaba hablar al defensor. En el momento adecuado, derrumbaría el edificio hábilmente construido con enorme habilidad y dominio de las situaciones forenses.

Junto a Lipstone se hallaba uno de sus más conspicuos secuaces, Rol Barras. El tipo sonreía casi constantemente y ello daba muy mala espina al joven, quien no hada otra cosa que preguntarse qué jugarreta había tramado Barras.

Era un tipo muy hábil para ciertos asuntos. Holcott empezó a sentirse terriblemente aprensivo.

El defensor dijo que había terminado y aunque con buenas palabras, eso sí, desafió al fiscal a que refutase con pruebas uno solo de sus argumentos. Holcott se puso en pie y abrió la cartera que había llevado consigo.

De repente, sintió que la sangre se le retiraba de la cara.

¡Los documentos que comprometían a Lipstone tan gravemente, habían desaparecido!

En una fracción de segundo comprendió la jugarreta de Barras. Había allí unos papeles parecidos, pero no eran los mismos. Al entrar en la sala de audiencias, él les había echado una mirada casual, sin comprobar si, efectivamente, eran los documentos auténticos.

Alguien, en un momento suyo de descuido, le había hecho el cambiazo y…

Amargamente, pensó en lo que iba a decir al tribunal. «Señoría, este fiscal no tiene nada que objetar a las declaraciones de la defensa. Carecemos de pruebas para condenar al acusado y…»

Inspiró con fuerza. Era la hora de apurar el cáliz hasta las heces, se dijo.

En el mismo instante, sintió un ligero cosquilleo en las yemas de los dedos.

De alguna parte, le llegó un fluido misterioso. Volvió la cabeza y, enormemente asombrado, divisó a Athasia en la segunda fila de los bancos destinados al público. En los ojos de la muchacha había un brillo casi fosforescente, como el de un gran felino.

Un extraño impulso le hizo sacar los papeles. Dominando su estupefacción, vio que eran los documentos originales. ¿Qué había pasado allí?

Cierto singular instinto le hizo presentir que Athasia tenía mucho que ver con lo ocurrido. Pero, en aquel momento, se oyó el impaciente carraspeo del juez.

—Señor fiscal, el tribunal le aguarda. No le haga perder el tiempo, por favor.

—Sí, Señoría —contestó Holcott—. Aquí están los documentos originales que prueban la culpabilidad del acusado. Ruego a su Señoría disponga sean examinados por los miembros del jurado y luego incluidos en las actas del proceso, para su incorporación en forma legal.

Barras revisó frenéticamente su portafolios. Espantado, vio solamente hojas de papel en blanco.

Lipstone se hundió en su asiento. El defensor tenía los ojos fuera de las órbitas.

La sesión se suspendió durante una hora. El jurado declaró que los documentos presentados por el fiscal hacían inútil una nueva reunión para dictar veredicto.

—Consideramos culpable al acusado —dijo el presidente.

Holcott lanzó un enorme suspiro. Luego se volvió hacia la sala y se llevó una tremenda decepción.

¡Athasia había desaparecido!

* * *

El tercer suceso ocurrió a unos setecientos millones de la Tierra, en el asteroide denominado oficialmente HFK-22. Darkin estaba ya seguro de que la riqueza del mineral era un éxito y empezaba a trazarse planes de color de rosa para su porvenir.

Afanosamente, trabajaba con la perforadora pesada, tratando de extraer de la superficie del asteroide un bloque de roca de unos cuatro metros de lado y de forma aproximadamente cúbica. La mayor parte era ganga; el núcleo realmente valioso se hallaba en su interior, pero no quería perderse ni un solo gramo de la valiosa sustancia.

; De repente, oyó una voz a su izquierda.

—Se trabaja, ¿eh?

—Un poco —contestó Darkin maquinalmente. La perforadora-cortadora era absolutamente silenciosa y permitía una conversación en tonos normales.

—Eso que está cortando debe de valer mucho, ¿verdad?

—Bastante. Millón...

Darkin se interrumpió de súbito.

¿Quién diablos le hablaba?, se preguntó. ¿Empezaba a sufrir alucinaciones, después de tantos meses de absoluta soledad?

Volvió la cabeza. A poca distancia, había un hombre que le contemplaba sonriendo.

—Hola —dijo el desconocido—. Soy Grudz Frratn. ¿Cómo te llamas tú?

—Egon Darkin... Eh, ¿cómo diablos has entrado en el recinto? No he oído ninguna señal de llamada.

—Vengo de allí. —Frratn señaló un punto situado en el cielo—. Está muy lejos, ¿sabes?

Darkin se pasó una mano por la cara.

—No puede ser, tú no existes. Sólo son visiones mías...

—Tienes razón, son visiones tuyas. Adiós.

Frratn desapareció de golpe. Darkin meneó la cabeza.

—Tendré que darme prisa en largarme de aquí o acabaré loco de remate —rezongó.

A mediodía, suspendió la tarea para prepararse el almuerzo. La estación estaba provista de un generador de gravedad artificial, que le proporcionaba la mitad de la terrestre. Gracias a ello, pudo prepararse un poco de ensalada de frutas y un par de huevos fritos.

Cuando ponía los huevos en el plato, se le convirtieron en crisantemos.

Movió la cabeza, se fue a la ducha, estuvo diez minutos, bajo el agua fría, consumiendo la ración de tres días, y luego volvió a Ta cocina.

Los crisantemos eran ahora dos pollitos que piaban lastimeramente, pidiendo agua y comida. Eran de una raza especial: tenían seis patas.

De repente, surgió un horrible monstruo, que parecía una mezcla de oso, tigre y cocodrilo, con pelos de más de treinta centímetros de longitud, y agarró a los pollitos de un zarpazo, llevándoselos a la boca antes de que Darkin pudiera rehacerse de la impresión.

Casi en el acto, apareció una hermosa mujer, de largos pelos negros, completamente desnuda, que empuñaba un largo garrote, con el que empezó a golpear sin piedad al monstruo.

—Miserable, canalla... Estoy harta de que comas cosas que son de otros y que luego te hacen daño y me obligan a llevarte al hospital unas cuantas semanas. ¿Cuándo vas a aprender a obedecerme, cuándo, especie de granuja?

El monstruo galopó, chillando estruendosamente, presa de un vivo ataque de terror, mientras ella le perseguía, sin dejar de molerle la espalda a garrotazos. Darkin, sin pronunciar una sola palabra,

contempló la escena estupefacto, inmóvil como una estatua.

Ella volvió a los pocos instantes y tiró el palo a un lado.

—Perdona, pero mi mascota favorita, Shulko, es un poco desobediente —dijo, sonriendo con malicia—. Me gustaría hacer algo para conseguir tu perdón. ¿No me encuentras hermosa? ¿No soy bastante atractiva para ti?

La mujer se acercó a Darkin.

—Te haré muy feliz, muy feliz…

Repentinamente, Darkin se echó a reír.

Todavía estaba riendo cuando un equipo de rescate lo recogió tres días más tarde.

* * *

Joe Pashall abrió de golpe la puerta del apartamento y se encaminó a largas zancadas hacia el despacho privado de su amigo Holcott.

El joven se asombró de ver a Pashall fuera de su trabajo.

— ¡Joe! ¿Qué diablos haces aquí a estas horas? ¿Te sucede algo?

Pashall emitió una amplia sonrisa.

—¿No me notas nada? —Se señaló la poblada cabeza con el índice —, ¿Qué me dices ahora de la bola de billar?

Holcott también sonrió.

—Al fin te has decidido a ponerte una peluca —dijo—. Pero ese color de cabello es horroroso. Sinceramente, creo que el castaño oscuro te sentaría mucho mejor.

—No puede ser. Es cabello auténtico, Flush.

—Joe, tienes ganas de bromas muy temprano.

—Te juro que digo la verdad. ¿Quieres comprobarlo?

Pashall se acercó a la mesa, inclinándose hacia adelante. Holcott dio un par de suaves tirones al pelo de su amigo.

—Sí, parece natural...

—¿«Es» natural, absolutamente legítimo. Lo hizo la pócima que me dio anteayer la marcianita. Cuando desperté, al día siguiente, el pelo me había crecido ya medio centímetro. Ahora ha crecido un poco más, aunque no llega todavía al centímetro, pero, de todas formas, eso no tiene importancia. Dime, Flush, amigo, ¿dónde está la marciana?

Holcott se sentía estupefacto.

—¿Dices que te friccionaste la cabeza con el líquido que te dio Athasia y que a la mañana siguiente te había crecido ya el pelo? Eso parece un milagro, Joe.

—No sé si es o no un milagro, pero ahora tengo pelo, y aunque el color no me, gusta demasiado, lo prefiero a llevar la cabeza pelada. Dime, ¿dónde está esa chica? Flush, ¿te das cuenta? Con esa fórmula maravillosa, se acabaron los calvos. Podría hacerse millonaria... y algo nos tocaría a los dos, ¿comprendes? Podríamos formar una sociedad... Vamos, muchacho, tú te marchaste con ella y sabes dónde debe de estar.

—Se alojaba en el Imperia, eso es todo lo que sé. Si quieres hablar con ella, vete a ese hotel. Me gustaría acompañarte, pero en estos momentos tengo un trabajo ímprobo y me resulta absolutamente imposible.

Está bien, no te preocupes. Yo hablaré con ella,..

Pashall echó a correr hacia la puerta, pero antes de salir, se volvió hacia su amigo.

—Te daré noticias, Flush —dijo—. Ah, y enhorabuena por tu triunfo. No sabes cuánto me alegré de que pudieras aplastar a Lipstone. ¡Van a tenerlo fuera de la circulación un montón de años!

—Gracias, Joe —contestó Holcott, quien, por nada del mundo, se habría atrevido a confesar el extraño suceso que le había ocurrido durante el juicio y que había evitado que el derrotado fuese él y no el peligroso Lipstone.

Pashall salió a toda velocidad y Holcott se quedó solo,

preguntándose si era cierto que Athasia poseía una fórmula milagrosa que hacía crecer el pelo a personas que lo habían perdido para siempre.

Si era cierto lo que decía su amigo, Athasia poseía una medicina mágica que podía proporcionarle incalculables beneficios.

Pashall le llamó más tarde, terriblemente desanimado.

—La marcianita se ha marchado, sin dejar nueva dirección —informó.

CAPITULO III

Cuatro semanas más tarde, Holcott, que ya había olvidado a Athasia y a su mágico crecepelo, recibió una llamada de una clínica psiquiátrica, en la que le rogaban acudiera a visitar a un amigo que se hallaba interno allí.

El paciente estaba loco de remate. Su madre, llena de angustia, se había acordado de que Holcott era gran amigo suyo y el psiquiatra que llevaba el caso había estimado que tal vez una visita del joven pudiera contribuir a la curación del enfermo.

Una hora más tarde, Holcott era recibido por el doctor Belmount, quien le puso en antecedentes del caso.

—El paciente habla constantemente de las visiones que tuvo durante su estancia en el asteroide, estancia que ya duraba casi un año. En ese espacio de tiempo, la soledad absoluta puede provocar peligrosos desequilibrios psíquicos y, sinceramente, eso es lo que creo que le ha ocurrido al señor Darkin.

—He oído hablar de algunos casos de locura del espacio. ¿Cree que eso es lo que tiene mi amigo?

—En mi opinión, no puede ser otra cosa, sobre todo, teniendo en cuenta los peculiares relatos que nos ha hecho de las visiones que ha tenido. También puede suceder que el hallazgo que hizo en el asteroide contribuya a su desequilibrio mental.

—¿Hallazgo? —se sorprendió el joven—. ¿A qué se refiere, doctor?

—En este aspecto, le aconsejo vaya al Instituto Mundial de Análisis de Minerales Espaciales y hable con el ingeniero Hoxbury. De este modo, podrá hacerse cargo mejor de otro aspecto del caso. Pero volviendo a lo nuestro; antes de que entre a verle, le haré un relato de todo lo que nos ha contado; conviene que esté en antecedentes de sus visiones.

—Muy bien, doctor, cuando quiera.

Holcott salió muy impresionado de la entrevista y, para sí, hizo un diagnóstico nada optimista del estado de salud mental de su amigo; estaba loco como un cencerro.

Por lo demás, y en lo referente a otros asuntos, Darkin se comportaba con absoluta normalidad, pero Holcott sabía que ello no significaba nada. La manía de Darkin se centraba en las visiones que había tenido durante su estancia en el asteroide. En otros asuntos, sus razonamientos eran absolutamente lógicos y mostraban una cordura total.

Pero no podía ser que un individuo le hubiera visitado en su campamento espacial, sin nave alguna ni traje de vacío, ni tampoco los huevos fritos se convertían en pollitos que luego eran devorados por un monstruo indescriptible, el cual, a su vez, era perseguido a escobazos por una furiosa mujer, desnuda y muy hermosa, por más señas, quien luego se había ofrecido impúdicamente a Darkin. no, aquello no podía ser… y puesto que Darkin insistía en que le había sucedido, la consecuencia no podía ser más que una: estaba realmente loco.

De la clínica se dirigió a ver al ingeniero Hoxbury, quien, en opinión del doctor Belmount se hallaba en posesión de la segunda clave que podía explicar el desequilibrio mental de su amigo.

* * *

Horacio K. Hoxbury le recibió en su laboratorio, rodeado de aparatos e instrumentos de análisis. Era un hombre todavía joven, menos de cincuenta años, y de aspecto agradable, pese a su aparente rudeza. Cubierto con un gran paño rojo, Holcott vio en un ángulo de

la estancia un bulto de grandes dimensiones.

—Sí, el doctor Belmount y yo somos buenos amigos, y me ha informado por videófono de su visita, señor Holcott —manifestó el ingeniero—. A decir verdad, si yo me hubiese encontrado en las condiciones de Egon Darkin, es posible que hubiese acabado tan chiflado cono él.

—Sin duda, podrá explicarse, ingeniero —dijo el joven, un tanto amoscado.

—Por supuesto. Sígame, por favor; la explicación resultará mucho más convincente en forma práctica.

Hoxbury se acercó al bulto tapado con el paño rojo y apartó éste de un rápido manotazo. Estupefacto, Holcott vio un cubo de color dorado y de contornos absolutamente regulares. Cada lado, calculó, medía aproximadamente un metro.

—Oro, señor Holcott —dijo el ingeniero—. Y pertenece íntegramente a su amigo.

El joven se quedó abrumado.

—Mucho oro hay ahí, me parece —comentó.

—Tendré que hablar un poco más, para que consiga convencerle de que este hallazgo pudo contribuir a la demencia de su amigo —manifestó Hoxbury—, Bien, cuando lo recogieron los equipos de rescate, encontraron en su campamento un enorme bloque de mineral, a punto de extracción. Los equipos de rescate tienen como misión no sólo salvar vidas humanas, sino también bienes personales. Por tanto, el jefe del equipo de rescate juzgó conveniente traer también el bloque de mineral y lo envió aquí, para su análisis y examen. En otras secciones del Instituto, trabajamos el mineral y separamos la ganga de poco valor, hasta que nos quedó el cubo que tenemos a la vista. Los análisis son contundentes y no dejan lugar a la duda: la pureza de este oro alcanza el noventa y nueve coma noventa y siete por ciento. ¿Sabe lo que esto significa, abogado?

Holcott no podía hablar y se limitó a negar con un gesto. Hoxbury apoyó la mano en el bloque de oro.

—Aquí, mediante aparatos de altísima precisión, le dimos esta forma, para un cálculo exacto de su contenido y su valor monetario —continuó hablando—. De los restos, en otro lugar, separaremos el oro

mezclado con la ganga, y también resultará una buena cantidad, aunque, desde luego, no se puede ni comparar con el que tenemos a la vista.

—Debe valer una fortuna —dijo Holcott, pasmado.

—Hagamos números —propuso el ingeniero—. Nuestras máquinas, con un error inferior a la centésima de milímetro, dieron esta forma al bloque de oro, de modo que ahora tenemos un metro cúbico, exactamente. Si fuese agua, pesaría una tonelada, es decir, mil kilos. Ahora bien, el oro tiene una densidad respecto al agua de diecinueve coma treinta y dos, lo que significa que este bloque pesa diecinueve toneladas y trescientos veinte kilos. El índice de pureza que he mencionado antes significa que sólo hay tres décimas de gramo por kilogramo, de ganga. ¿Sabe cuál es el precio actual del oro?

—Tengo una vaga idea —dijo Holcott, con una sonrisa de circunstancias.

—Bien.

—Bien, a mediados del siglo XX y casi hasta su final, el precio de la onza de oro fino era de veinte dólares. En el siglo siguiente, llegó a los mil dólares y a los veinte mil en el siglo XXI. Pero ahora estamos en el siglo XXII y usted, sin duda, recordará la reforma monetaria de hace cuarenta años, en que debido a la inflamación se decidió crear el dólar fuerte, con un valor cien veces superior al de la época, lo cual significaba que volvía a tener el valor aproximado que tenía en el siglo XIX. Ahora bien, la onza, que había llegado a los doce mil dólares, quedó, por tanto, en los ciento veinte, su valor actual aproximado. —Hoxbury volvió a golpear el bloque de oro con la palma de la mano—. ¿Sabe usted cuántas onzas hay en estas más de diecinueve toneladas de oro superfino?

—Pues... no, los números se me resisten horriblemente... En pasando de diez, me armo un lío espantoso con las cifras.

Hoxbury se echó a reír.

—Para el que no está habituado, ciertamente, resulta casi mágico este mundo de los números. En resumen, este bloque tiene unas setecientas cuarenta mil onzas de veintiocho coma treinta y un gramo. A ciento veinte dólares actuales la onza, tiene un valor de...

El ingeniero hizo una pausa deliberada, a fin de aumentar la tensión del visitante.

—En cifras redondas, representa noventa millones de dólares o, si lo prefiere, nueve mil millones de dólares «viejos» —concluyó.

Holcott se sentía abrumado.

—Una fortuna que se escapa a la imaginación —calificó.

—Sí, su amigo es un hombre rico, pero me temo que no va a poder disfrutar de su fortuna.

—¿No le concede posibilidades de curación?

El ingeniero hizo una mueca.

—El doctor Belmount es buen amigo y se siente muy pesimista. Mire, abogado, seamos realistas. Darkin permaneció casi un año solo en el asteroide. De repente, encuentra este bloque de oro. Buscaba la fortuna, pero no se imaginó ni en sueños que pudiera encontrar algo semejante. Entonces, su mente flaquea y empieza a ver visiones extrañas. Simplemente, no pudo soportar el «shock» que le causó semejante hallazgo.

—Comprendo. Supongo, señor Hoxbury, que alguien se encargará de la custodia de este bloque de oro…

—El Banco General del Espacio sé encargará de su custodia, en una caja especial, y naturalmente, pondrá una cuenta corriente a disposición del dueño. Ahora bien, cómo éste se halla temporalmente incapacitado para la administración de sus bienes, será preciso encontrar una persona que lo haga en su nombre. Pero tiene un familiar próximo, su madre, creo…

Un zumbido se oyó en aquel momento. Hoxbury se disculpó, atendió la llamada y luego se volvió hacia el joven.

—Para usted, abogado —dijo.

Holcott se mostró sorprendido de que alguien pudiera llamarle a aquel lugar, pero Io comprendió momentos después, cuando vio en la pantalla el rostro de Pamela Darkin, la madre de su amigo.

—En la clínica me dijeron que te encontraría ahí, Flush —dijo la señora Darkin—. ¿Puedes venir después a mi casa?

—Con mucho gusto —accedió el joven.

* * *

La señora Darkin llenó las tazas de café y luego se sentó frente al visitante.

—Has visto a Egon, supongo —dijo.

—Sí, señora. Pienso que, aunque tarde, acabará recobrándose.

—A mí nunca me gustó que viajara por el espacio, pero un hombre debe ser capaz de tomar sus propias determinaciones y soportar las consecuencias de sus actos —manifestó Ia mujer—. No estoy segura de que Egon cure algún día, pero, mientras tanto, es preciso que seamos prácticos. La clínica, los gastos médicos, sin contar con la minuta del equipo de rescate, van a sumar una cifra elevadísima. Ahora bien, el dinero, en estos momentos, no me preocupa en absoluto.

—Desde luego —sonrió Holcott.

—Pero ya conoces todos los detalles. Ese bloque de oro no es un fajo de billetes del que se pueden separar los que se necesitan en un momento dado. Lo llevarán al Banco General del Espacio y allí abrirán una cuenta... En resumen, lo que quería decirte es que te encargases del asunto, con los poderes legales que sean precisos y fijando tú mismo los honorarios que estimes justos por tu gestión.

—Usted quiere nombrarme administrador de los bienes de Egon —dijo el joven.

—Más bien mi administrador, porque soy yo la dueña de su fortuna, en tanto no le declaren legalmente sano. Pero el matiz no tiene importancia, Flush. ¿Aceptas?

—Por supuesto, y sin percibir un céntimo por mi trabajo. Egon y yo éramos... seguimos siendo buenos amigos y me esforzaré todo lo posible para que reciba hasta el último céntimo de Io que le pertenece. Y, otra cosa, también inspeccionaré todas las facturas que se presenten. No pague usted ninguna, sin que yo haya aprobado ese pago.

—Así lo haré, Flush. ¿Qué más me aconsejas?

—Mañana vendré a buscarla e iremos a un notario, para que me

otorgue poderes en forma legal. Así podré actuar sin trabas.

—Estupendo. —Pamela Darkin sonrió—. Ahora me siento mejor, sobre todo, porque voy a emplear buena parte de esa fortuna, o toda, si fuese necesario, en la curación de mi hijo.

—Egón sanará, se Io aseguro —respondió Holcott.

A pesar de todo, no estaba demasiado convencido de su vaticinio. El choque recibido por Darkin al encontrar aquel bloque de oro debía de haber sido tremendo. Hoxbury, en el fondo, quizá tenía razón; un hallazgo semejante era capaz de volver loco al hombre de mente más firme.

* * *

Llegó a su apartamento y se desvistió en parte. Ya se habían realizado las operaciones necesarias y ahora era apoderado legal de Egon Darkin.

Destapó una botella y se sirvió una moderada dosis. Cuando iba a llevarse la copa a los labios, oyó el zumbido del videófono.

Acercándose al aparato, tocó la tecla de contacto. El rostro de una hermosa mujer, de pelo castaño oscuro y ojos grises, apareció inmediatamente en la pantalla.

—¿Abogado Holcott? Soy Drusilla Mannerbaum, vicepresidenta del Banco General Espacial y encargada de las operaciones relacionadas con el bloque de oro que pertenece a su representado, Egon Darkin. Tendríamos sumo interés en hablar con usted del asunto, a fin de exponerle ciertos datos que estimo de sumo interés, tanto para el Banco como para su cliente, que es también el nuestro, a fin de cuentas. ¿Cuándo podemos vernos?

Holcott se mostró sorprendido en un principio, pero luego se rehízo y sonrió. Tras consultar su reloj, dijo:

—¿Por qué no cenamos juntos, señora Mannerbaum?

Ella se echó a reír.

—Mire, no se me había ocurrido, pero es una buena idea —accedió

—, ¿A las siete y media en el grill del Imperia?

El nombre recordó algo a Holcott y se puso serio un instante, aunque recobró la sonrisa casi en el acto.

—Allí nos encontráremos, señora dijo.

—El tratamiento resulta inadecuado para una mujer soltera —se despidió ella.

—Muy guapa —murmuró Holcott, después de apagar la pantalla. Tomó un trago y entonces oyó una voz a poca distancia:

—Ese oro es basura.

Holcott no pestañeó siquiera. Volviéndose lentamente, contempló al sujeto que estaba sentado en un butacón, con las piernas cruzadas y en actitud displicente.

—Eso es lo que tú querrías que fuese —contestó el joven sin inmutarse.

—¡Basura!

—¡Oro!

—¡Tu padre!

—¿Qué tiene que ver mi padre?

—Digo que tu padre es basura.

El intruso se puso en pie.

—Te voy a matar...

—Espera un momento, por favor.

Holcott dio unos pasos, pero, de repente, giró sobre sí mismo y miró fijamente a! intruso.

Tú eres Grudz Frraatn —dijo.

—¿Cómo lo sabes? —gritó el otro.

—Penetro en las mentes ajenas —contestó Holcott sin inmutarse.

Había oído a su amigo y conocía al dedillo la historia de sus

visiones. Antes de que Frratn pudiera recobrarse, había ido a la cocina y abierto el armario de los trastos de la limpieza, del que sacó un objeto de forma cilíndrica y alargada.

Frratn le miró intrigada al regresar a la sala.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó.

—Un matador de visiones. Bastan unos centímetros cúbicos de gas, para que el autor de las visiones muera en medio de horribles visiones, disolviéndose en una repugnante masa semilíquida, que huele apestosamente.

Frratn lanzó un horrible chillido y desapareció instantáneamente. Holcott se echó a reír.

—Se ha ido muerto de miedo —murmuró.

Luego se sintió preocupado, porque lo que había contemplado no era precisamente producto de su imaginación, sino algo muy real, pero que, no obstante, le resultaba incomprensible.

En la locura de su amigo había algo más que visiones producidas por la soledad y el hallazgo de casi veinte toneladas de oro. Tendría que averiguarlo, aunque, ¿cómo?, se preguntó.

CAPITULO IV

Vista en persona, Drusilla resultaba aún más hermosa que en la pantalla del videófono. Era de mediana estatura y tenía una figura con innumerables atractivos. El vestido resultaba extremadamente audaz, incluso en una época en que cualquier audacia resultaba algo enteramente natural.

—No acabo de convencerme de estar cenando con la vicepresidenta de un Banco tan importante —dijo Holcott, pasado un buen rato—. Más bien habría pensado en una directora de una importante casa de modas...

—Pues no es así —contestó ella—. Me gustan los números.

—Yo los detesto.

—Y yo detesto las leyes.

Ambos se echaron a reír a la vez.'

—Nuestros gustos son contrapuestos, pero eso también le pasa a un cable eléctrico: tiene dos polos, positivo y negativo, y la corriente funciona mientras no se toquen. En caso contrario, salta la chispa.

—No saltaría en nuestro caso —aseguró Holcott—. O serían chispas de otra clase...

—Frene, amigo mío —rió Drusilla—. No se muestre tan audaz y recuerde que estamos aquí para hablar de negocios.

—Sí, ésa es la lástima —contestó él, fingiendo pesadumbre—, Bien, tiene algo que proponerme. ¿De qué se trata?

—El bloque de oro de su amigo va a ser recibido en custodia por nuestro Banco. Hice la propuesta a la Junta de Directores y fue aprobada sin discusión. ¿Conoce usted nuestro Banco, señor Holcott?

—Sí, he estado allí un par de veces.

—Bien, habrá visto que el vestíbulo es muy grande. La idea que tengo es exponer el bloque de oro, sobre un pedestal de metro y medio de altura, en el centro del vestíbulo, como un elemento de decoración. Esto, naturalmente, servirá de propaganda para el Banco y su amigo no perderá un solo centavo de lo que legítimamente le pertenece. Más todavía: el Banco está dispuesto a correr con todos los gastos, de modo que su amigo no tendrá que abonar un solo céntimo por cargos de custodia y demás.

—Es decir, guardar el oro en esa forma, le resultaría enteramente gratis.

—Exactamente. ¿Qué me contesta usted? No es tan fácil llevarse un bloque de oro que pesa más de diecinueve toneladas.

Holcott reflexionó un momento. Luego dijo:

—Conforme, con una condición, señorita Mannerbaum. -¿Sí?

—El bloque estará protegido por una cabina de cristal blindado, de la máxima seguridad, con los mejores dispositivos de alarma, para evitar cualquier contratiempo. Sí, ya sé que cuesta un poco levantar

un bloque de casi veinte toneladas de peso, pero si se hallara al descubierto, acabaría por recibir injurias de la gente. Ya sabe: rayas hechas con objetos puntiagudos, inscripciones de mal gusto... El público debe admirar el cubo de oro en su estado actual. Quedaría muy deslucido si dentro de unos meses apareciese con su superficie alterada por gentes sin escrúpulos.

—Comprendo, y acepto esa condición. ¿Algo más?

—Sí. Dos cosas. Una de ellas es que me llame Flush, como hace todo el mundo.

Drusilla sonrió.

—El tratamiento ha de ser recíproco —contestó—. ¿Cuál es la otra cosa que tienes que pedirme?

—Una copa en tu apartamento.

Ella le miró fijamente unos segundos.

Luego suspiró.

—Las cosas que tiene que hacer una para conservar el puesto —contestó.

—Si lo lamentas, si lo haces por obligación, retiró la propuesta.

— ¡No! —contestó Drusilla vivamente—. No la retires, Flush.

Holcott sonrió.

—Dejaremos los cargos a la puerta de tu casa —dijo. —¿Sí? ¿Qué seremos entonces?

—Un hombre y una mujer, Drusilla.

* * *

Ella abrió la puerta, encendió las luces y lanzó su capa de pieles encima de un diván.

—Volveré en seguida, Flush.

—Tenemos toda la noche de tiempo, no te preocupes.

—Eso es lo que tú te crees —dijo de pronto una voz de mujer.

Drusilla lanzó un gritito de susto y se volvió en el acto. Al ver a la desconocida, gritó otra vez.

—¡Flush! ¿Quién es esta mujer?

Holcott frunció el ceño. La morena que estaba en el centro de la sala, completamente desnuda, y sonreía de un modo peculiar, era realmente muy hermosa.

—Oye, Flush, ¿no la habrás hecho tú venir aquí anticipadamente? —dijo Drusilla, frunciendo el ceño—. Hay cosas que no me gustan, los tríos amorosos, por ejemplo...

—No habrá trío amoroso, te lo aseguro —contestó él.

—Ni dúo tampoco —dijo la morena desvergonzadamente.

—Pero... ¿qué... qué pretende esta... esta furcia? —chilló Drusilla, al borde de un ataque de histeria.

—Te lo explicaré después. Ahora...

— ¡No, no me expliques nada! —vociferó Drusilla, completamente fuera de sí—. ¡Vete, vete de aquí inmediatamente, tipo degenerado! ¡Fuera, fuera de mi casa los dos...!

Holcott apretó los labios. Se acercó a la morena, pero ésta retrocedió vivamente, a la vez que le sacaba la lengua en son de burla.

—No me pillarás —dijo.

Drusilla se sentó en un sillón y se tapó la cara con las manos, a la vez que gritaba y pataleaba frenéticamente.

—No quiero verles a ninguno de los dos... Márchense, márchense...

—Esto se soluciona en un instante —dijo Holcott—. En todas las casas hay matador de visiones y yo voy a acabar con esta furcia que se está burlando de los dos.

La morena desapareció repentinamente. Holcott se volvió hacia Drusilla.

—Ya se ha ido —dijo.

Drusilla alzó los ojos.

—Entonces... ¿no la habías hecho venir tú? —preguntó.

Holcott torció el gesto. ¿Cómo explicarle lo inexplicable?

—Seguramente, es una chiflada bromista, alguna joven sobrada de dineros como falta de escrúpulos, que quiso ganar una apuesta hecha con algunos amigos tan desaprensivos como ella.

—Pero no sabían que íbamos a venir a nuestro apartamento.

—Nos vieron cenando juntos y adivinaron lo que podía suceder. —Holcott sonrió tristemente—. Y que ya no sucederá, claro —añadió.

Caminó hacia la puerta.

—Siento lo ocurrido —dijo—. Otro día será, Drusilla.

La joven se puso en pie vivamente.

—Esa estúpida se ha ido ya. Y ahora estamos solos otra vez, Flush.

—Muy bien —sonrió el joven—. Todo sea por el bloque de oro. ¿Verdad?

Se acercó a Drusilla y la abrazó fuertemente.

—Tú vales infinitamente más que esas diecinueve toneladas de oro —dijo lleno de ardor.

* * *

Se encaramó en el taburete y miró sonriendo a su amigo.

—Vaya mata de pelo —comentó.

—¿Verdad que sí? —Pashall se esponjó, mientras se pasaba la mano por la que ahora era frondosa cabellera—. Flush, no te puedes dar cuenta del éxito que tengo con este pelo de zanahoria. Las tengo que apartar, como si yo fuese un tarro de miel.

—Y ellas las moscas —rió el joven—. Bueno, no se puede decir que el mejunje no resultase efectivo. ¿Qué noticias tienes de Athasia?

— ¡La marciana? —Pashall hizo un gesto negativo—. Nada, en absoluto: ninguna noticia.

—Me gustaría volverla a ver, palabra.

—Desapareció... No era de aquí, Flush.

—Tampoco era marciana. Jamás han existido los marcianos, a menos que consideres como tales a los niños que han nacido en la primera colonia que la Tierra fundó en Marte. Pero el mayor de ellos tiene ahora cuatro años y...

—Bueno, es que yo la llamo marciana para entendernos mejor. Flush, he oído hablar del bloque de oro que está expuesto en el vestíbulo del banco General del Espacio. Era de tu amigo Darkin, ¿verdad?

—Sigue siéndolo. A fin de cuentas, no ha muerto.

—Pero está loco de remate, el pobre. Debió de ver algo horrible.

Holcott se quedó silencioso unos segundos.

El también había contemplado ciertas visiones, aunque había sabido mantenerse firme psíquicamente. Lo que estaba sucediendo quedaba fuera de su comprensión, pero era evidente que tenía un fondo de realidad.

—Se pondrá bueno, no te preocupes —dijo—. Ah, una cosa, si ves a la marcianita, avísame inmediatamente.

—Entonces, te avisaré ahora mismo, Flush.

—Hombre, no es necesario que te des tanta prisa.

—Es que la estoy viendo —exclamó Pashall.

Holcott giró en el taburete y lanzó un grito:

—¡Athasia!

La joven avanzó hacia la barra, sonriendo hechiceramente. Holcott se apoderó de una de sus manos.

—¿Dónde te has metido en todo este tiempo? ¿Por qué te fuiste sin avisarme? ¿Por qué no dejaste al menos tu dirección?

—Hombre, Flush, no la acoses —dijo Pashall en tono de reproche —. Ya se explicará ella cuando tenga ganas. Athasia, ¿una copita de «spharrikx»?

—Sí, desde luego —accedió ella.

—Ponle algo más suave, tú —gruñó Holcott, estremeciéndose al recordar el brebaje que su amigo les había preparado un par de meses antes.

—Claro, hombre. Aquello fue una broma… aunque no comprendo cómo pudo resistirlo tu estómago, Athasia.

—Oh, simplemente eliminé las sustancias demasiado fuertes. No tiene importancia, Joe. Bueno, Flush, ¿no me cuentas nada?

—Eres tú la que tiene que contarme muchas cosas. Empezando por el cambiazo de los documentos durante el juicio.

Los claros ojos de la joven se posaron en el rostro de Holcott.

—Vi que aquel desaprensivo te había jugado una mala pasada y decidí que no podía permitirlo, eso es todo.

—Sí, pero, ¿cómo lo hiciste?

Pashall puso en el mostrador dos copas.

—Deja que la chica se calme, hombre —rezongó.

—Te lo explicaré en otro momento —manifestó ella—. Ahora, Flush, aunque te parezca extraño, necesito tu ayuda.

—Haré todo lo que me pidas-—aseguró Holcott—. ¿De qué se trata?

—Tendríamos que hablar en otro sitio. En mi casa, por ejemplo.

—Creí que te hospedarías en el Imperia.

—Preferí alquilar una residencia privada. Lo estimo más cómodo.

—Muy bien. Como quieras… y cuando gustes—. Holcott se volvió hacia su amigo—. Joe, ¿no le dices nada a Athasia?

Pashall sonrió, mientras se acariciaba la espesa mata de pelo rojo que ahora cubría su cráneo.

—Le pediría la fórmula, pero sé que no me la dará —repuso—. Mientras tanto, debe saber una cosa: lo que hay aquí, es para ella. Y eso quiere decir, que siempre tendrás una copa pagada, marcianita.

—Gracias, Joe —sonrió ella—. ¿Vamos, Flush?

Pashall se quedó contemplando a la pareja que se cruzaba en aquellos momentos con una rubia de cuerpo abundantemente dotado por la naturaleza. La recién llegada se sentó en un taburete y fijó la vista en el hombre que había al otro lado de la barra.

—Joe —dijo.

—¿Sí, encanto?

—¿A qué hora cierras?

Pashall simuló indiferencia.

—Hoy tendré mucho trabajo. Acabaré cansado...

—Yo te daré masajes para relajarte —dijo ella.

—Bueno, si tanto te empeñas... Vuelve a las once, cerraré un poco más tarde.

—No te busques otro compromiso, Joe —rogó la joven.

—Yo sólo tengo una palabra —contestó Pashall con gran dignidad.

CAPITULO V

—Si no te importa, iré a cambiarme de ropa —dijo Athasia, una vez en su casa.

—Tómate todo el tiempo que necesites —respondió Holcott, mientras buscaba algo para servirse un trago.

Cuando se acercaba a la botella, una mano invisible la destapó y otra la inclinó sobre el vaso. El licor cayó sobre éste y lo llenó, pero luego volvió por sí solo a la botella, que se posó de nuevo sobre la consola y quedó tapada sin que se viera a la persona que realizaba aquellas acciones.

—Otra vez tú, ¿eh? —dijo Holcott sin impresionarse en absoluto por lo sucedido.

Frratn se hizo visible repentinamente.

—Pero, ¿es que no te doy miedo? —exclamó, muy irritado.

—En absoluto.

—Muy bien, ahora verás.

Un enorme tigre de Bengala apareció súbitamente en la estancia. Holcott agarró una silla y la hizo trizas en la cabeza del felino.

Frratn apareció, con las manos en la cabeza, tambaleándose como un beodo. Dio unos cuantos traspiés y se derrumbó al suelo, al parecer inconsciente.

—Te dije que no me dabas miedo —rezongó el joven, mientras destapaba la botella.

La voz de Athasia sonó en el interior de la casa:

—¡Flush! ¿Qué ha sido eso?

—Una silla rota, no te preocupes.

Frratn se levantó segundos después. Había un odio intenso en su mirada.

—Me las pagarás —dijo.

—¡Vete al diablo! —contestó Holcott desdeñosamente.

Debía de tener sus facultades muy mermadas, porque se encaminó hacia la puerta con paso inseguro y, después de abrirla, desapareció de la vista del joven.

Athasia regresó momentos después, anudándose el cordón de la bata.

Estaba preciosa, se dijo Holcott, contemplándola embobado. Drusilla, por supuesto, era muy hermosa, pero no se podía comparar ni de lejos con la muchacha.

Ella vio los restos de la silla y miró inquisitivamente al joven.

—Es un sujeto que me persigue desde hace algún tiempo —explicó él—. Tiene unos poderes hipnóticos realmente formidables y si bien es verdad que me hace ver cosas que él desea y que no existen sino en su imaginación, lo cierto es que no consigue, hablando con modestia, abatir la fortaleza de mi mente.

— Un hipnotizador —dijo Athasia.

—Sí, algo por el estilo y, además, un sujeto sin escrúpulos. Figúrate que, de algún modo, se enteró del hallazgo que había hecho un buen amigo mío en un asteroide. Fue allí y empezó a atacarle con sus poderes hipnóticos, hasta conseguir volverle loco de remate. Pero no le sirvió de nada, porque el oro que encontró mi amigo está ahora en lugar seguro.

—Debe de ser un tipo verdaderamente repulsivo. ¿Cómo se llama?

—Drudz Frratn.

—¡Frratn! —gritó ella.

Holcott respingó.

—¿Qué te pasa? —inquirió.

—Oh, Dios mío... Ese hombre aquí, en la Tierra.

El ceño de Holcott se arrugó inmediatamente.

—¿Ya estás otra vez con tus historias de marcianos? —dijo en tono de reproche.

—Es que no son historias de marcianos, Flush. Primero, yo no soy marciana: es una ocurrencia de Joe. Y, segundo, soy «ztaphurita».

Holcott puso una cara de idiota imponente.

—Eso... ¿es algo malo?

—Es el apelativo que corresponde a los que hemos nacido en el planeta Ztaphur —contestó Athasia muy seria.

* * *

Sosteniendo la copa apenas tocada en la mano, Holcott se sentó en una silla. ¿Debía creer a aquella hermosa joven? O quizá era una impostora?

Pero, en tal caso, ¿por qué insistir en algo que parecía fantástico e imposible al mismo tiempo?

—Sí, soy de Ztaphur, es decir, no soy terrestre —insistió Athasia, al ver la duda reflejada en el rostro del joven.

—Muy bien, muy bien, de acuerdo, eres ztaphurita. Pero, en todo caso, qué haces en la Tierra?

—Te lo dije la primera vez que nos conocimos: investigo las costumbres de este planeta. Simplemente, estoy aquí para adquirir conocimientos.

—Una espía de otro mundo, ¿eh?

—No, hombre. ¿Acaso crees que me enviaron para preparar una guerra entre dos planetas?

—Bueno, si no es así, no veo qué otro objeto puede tener tu estancia en la Tierra.

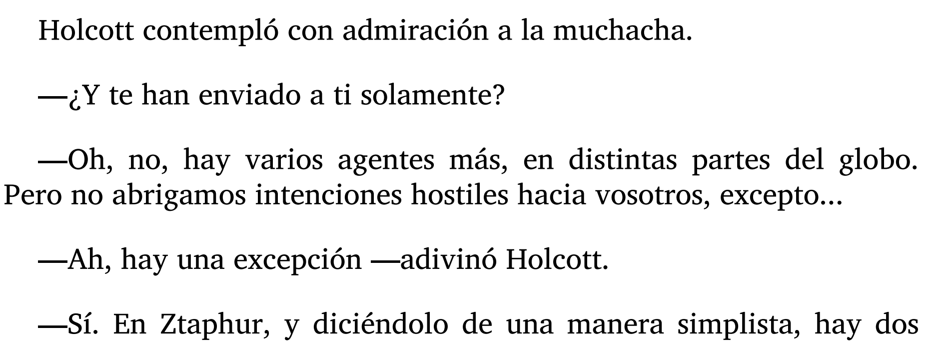
—Flush, dime, cuando tú ibas a la Universidad, ¿lo hacías para espiar a los profesores y a los alumnos o para adquirir conocimientos?

—Bueno, es una comparación poco acertada...

—Exactamente la apropiada a mi caso —respondió ella firmemente.

—Muy bien, demos por sentado que no eres terrestre y que procedes de Ztaphur. Supongamos también que quieres adquirir muchos conocimientos. ¿Qué harás después?

—Emitiré un informe y entonces, el gobierno de mi planeta decidirá o no el establecimiento de relaciones regulares con el de la Tierra.



Holcott contempló con admiración a la muchacha.

—¿Y te han enviado a ti solamente?

—Oh, no, hay varios agentes más, en distintas partes del globo. Pero no abrigamos intenciones hostiles hacia vosotros, excepto...

—Ah, hay una excepción —adivinó Holcott.

—Sí. En Ztaphur, y diciéndolo de una manera simplista, hay dos partidos: los xenófilos y los xenófobos. Es decir, los partidarios de relacionarse con todos los mundos habitados con los que podamos comunicarnos, y los que no lo quieren en absoluto.

—Ahora, por lo visto, gobiernan los xenófilos, es decir, los tuyos.

—Sí, pero nuestros adversarios son muy poderosos y no se resignan a lo que podríamos llamar derrota política. Y en vista de que en Ztaphur no consiguen nada, han decidido actuar en... el extranjero.

—O sea, en la Tierra.

—Exactamente. Debo decirte, además, de que disponemos de ciertas facultades desconocidas para los terrestres, tales como la adivinación del pensamiento, la autotraslación, el polimorfismo y demás. Sin embargo mis colegas y yo tenemos absolutamente prohibido el uso de tales poderes. Hemos de comportarnos en todo momento como unos terrestres auténticos; así, nuestras experiencias serán mucho más válidas.

—Perdona, Athasia, pero, si no me equivoco, tú utilizaste esos poderes cuando alguien me dio el cambiazo en unos documentos de importancia.

Ella bajó los ojos.

—Bueno... me extralimité un poco... Me habías resultado simpático desde el primer momento. Te bebiste el «spharrikx» sin pestañear y... —la joven rió alegremente—. ¡Era un brebaje infernal! —calificó.

—Me extraña que no te disolviera el aparato digestivo. Yo estuve una semana con alergia a todo lo que contuviera alcohol. Supongo que, por medio de tus poderes, hiciste que aquel mejunje resultase inofensivo.

—Claro.

—¿Y el crecepelo? ¿También era algo proporcionado por tus facultades?

Athasia remoloneó un poco.

—Cuando se posee algo, la costumbre de usarlo se pierde con mucha dificultad —contestó—. Pero desde el día del juicio, no he vuelto a hacer-nada que se pueda considerar como sobrenatural.

—El crecepelo, desde luego, actuó con efectos retardados —murmuró Holcott—. Quizá dejaste en el frasquito una infinitesimal porción de tus poderes. Pero volvamos a tu problema. Porque tienes uno, ya a que me has pedido ayuda.

—Sí, ciertamente —respondió la joven—. En vista de que los «Iketths»...

—¿Qué? —exclamó, atónito.

—Perdona, he empleado sin querer el nombre en nuestro idioma para definir a los xenófobos. Nosotros somos los «jkiths». Pero lo diré ahora en adelante, en tu lenguaje.

—De acuerdo. Prosigue, por favor.

—Bien, en vista de que nuestros adversarios han fracasado allí, quieren provocar aquí nuestro fracaso.

—¿De qué forma, Athasia?

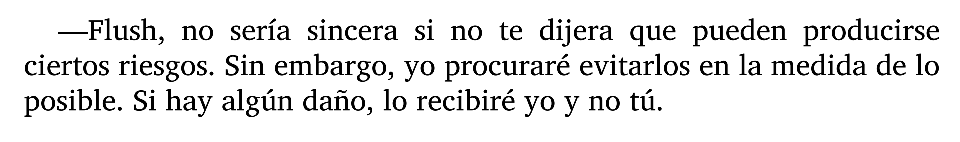
—Causando problemas a las personas que, de un modo u otro, se relacionan con nosotros. De este modo, no nos atacan directamente, pero sí pueden provocar en vosotros sentimientos de repulsión hacia los extraterrestres, con lo que, al final, acabarían saliéndose con la suya y evitando el establecimiento de relaciones entre la Tierra y Ztaphur.

—Es decir, provocar en nosotros sentimientos de xenofobia, análogos a los de ellos.

—Exactamente. Por eso te pedí ayuda, porque necesito a alguien que sepa y pueda estar a mi lado en momentos especialmente críticos, debido a su superior conocimiento de las costumbres terrestres.

Holcott entornó los ojos.

—¿Puede haber peligro de muerte en esa ayuda? —preguntó.



—Flush, no sería sincera si no te dijera que pueden producirse ciertos riesgos. Sin embargo, yo procuraré evitarlos en la medida de lo posible. Si hay algún daño, lo recibiré yo y no tú.

—Mi escudo —sonrió él.

—Sí.

—Los riesgos se han producido ya. Uno de mis mejores amigos está loco de remate y, precisamente, por ese hipnotizador que se llama Grudz Frratn.

—Flush, en esta lucha que hay entablada entre los dos partidos, Frratn es mi contraparte —dijo ella muy seria.

—El encargado de hacerte fracasar.

—Efectivamente.

—Entonces, también es «ztaphurita».

—Sí, lo es.

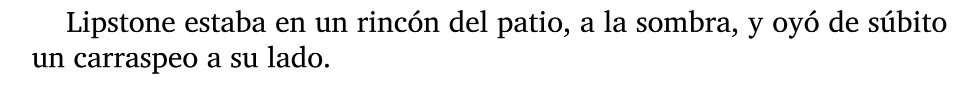
Holcott buscó un rincón del diván, se retrepó cómodamente, cruzó las piernas y sonrió a la muchacha.

—Athasia, esto se pone muy interesante —dijo—. Empieza a hablar cuando gustes, por favor.

* * *

Aunque había televisión en cada celda, también llegaban los periódicos al penal y Lipstone estaba leyendo muy interesado un atractivo reportaje sobre el bloque de oro que se había puesto recientemente a la vista del público en el Banco General del Espacio.

El reportaje estaba ilustrado con una fotografía en colores del cubo de oro y añadía detalles técnicos sobre sus dimensiones, peso y valor monetario. También mencionaba los dispositivos de seguridad que hacían imposible el robo de aquella enorme masa áurea, suponiendo, decía el periodista, que hubiese alguien lo suficientemente audaz para intentarlo y, además, dispusiera de la maquinaria y el vehículo apropiados para el traslado del bloque.



Lipstone estaba en un rincón del patio, a la sombra, y oyó de súbito un carraspeo a su lado.

—Bonita pieza para una dentadura artificial, ¿eh? —dijo el otro preso.

—Se podrían hacer unos cientos de millones de dentaduras de oro —contestó Lipstone—. Pero yo no cambiaría ni una sola por la mía: tengo todos los dientes...

—Es que se necesitaría estar chiflado para convertir todo ese oro en dentaduras. Lo ideal sería transformarlo en lingotes de poco peso y venderlos luego poco a poco.

—La idea no sería mala, si se pudiese poner en práctica. Pero eso es tan fácil de hacer como cortar la luna en rodajas y venderlas diciendo que son de queso de bola.

—Todo lo que un hombre desea en este mundo, se puede conseguir —dijo el otro preso con aire sentencioso—. Y yo tengo un plan magnífico para hacernos con ese cubo de oro.

Lipstone volvió el rostro y miró al sujeto que tenía a su lado. No lo conocía ni le había visto antes, pero había varios miles de prisioneros...

Quizá era un soplón, se dijo. Tenía muchos enemigos y más de uno había jurado tomarse el desquite. Pero, de todas formas, oírle no costaba nada, ya que no pensaba comprometerse en absoluto.

—A ver, cuéntame —pidió.

—Lo primero que hay que hacer es salir de aquí.

—¿Sí? Oye, ¿sabes que acabas de descubrir el Mediterráneo? ¿No puedes decirme algo más gracioso?

—No confías en mí, ¿verdad? Bueno, te voy a demostrar que salir de aquí es tan fácil como... como desearlo. Me evadiré volando por los aires.

—Algunos lo han intentado, mediante un propulsor individual. No llegaron a treinta metros de altura; las ametralladoras de los centinelas los convirtieron en carne picada.

—Porque los veían marcharse. A mí no me verán.

El preso sacó unos lentes y se los entregó a Lipstone.

—Póntelos —dijo—. Como subiré muy despacio, podrás quitártelos y comprobar que sin ellos resulto absolutamente invisible. Los lentes te permitirán verme, pero como nadie más tiene unos iguales, nadie podrá verme subir por los aires. Ah, a propósito, me llamo Grudz Frratn. Conserva ese nombre en Ia memoria; volveré otro día.

Lipstone se sentía pasmado de asombro. Frratn sacó del bolsillo de su uniforme carcelario algo parecido a un lápiz corriente y empuñándolo con la mano derecha, de modo que el pulgar presionase uno de los extremos, empezó a ganar altura, muy despacio, con deliberada lentitud.

Cuando estaba a cinco o seis metros del suelo, Lipstone se quitó los ¡entes con una sola mano. Atónito, comprobó que Frratn había desaparecido.

Volvió a ponerse las antiparras. Frratn se hizo visible otra vez.

Lipstone repitió la operación varias veces, hasta que el extraño sujeto hubo desaparecido en las alturas. Entonces se convenció de que le había dicho la verdad.

—Voy a salir de aquí —se dijo, exultante de júbilo.

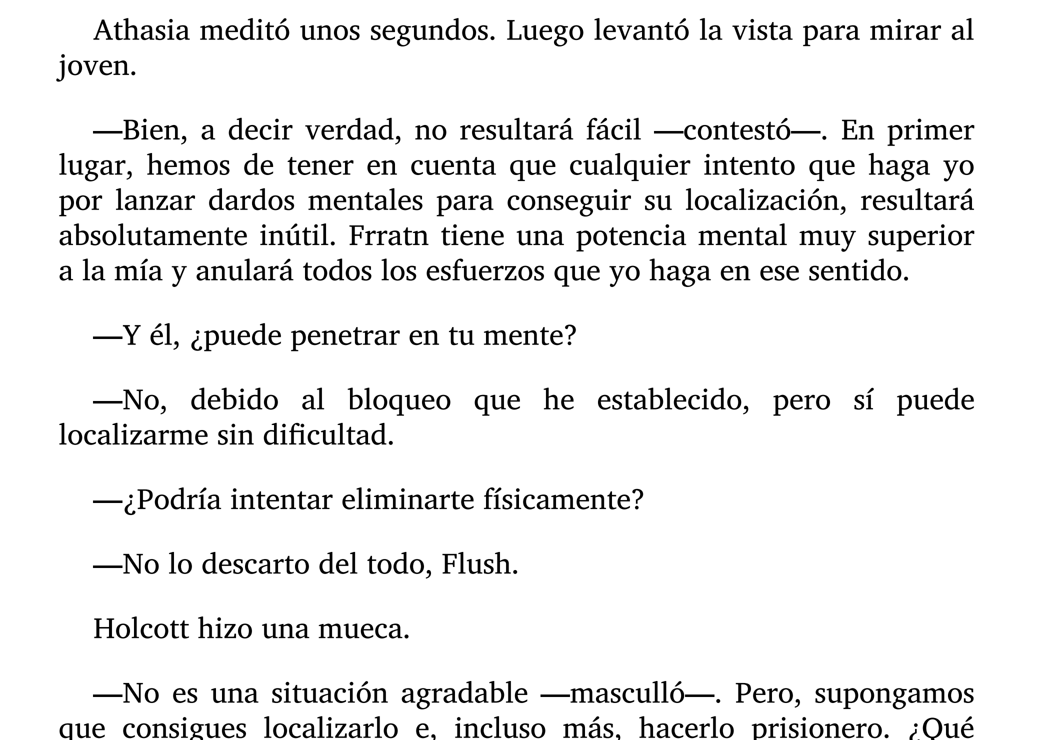
Y lo mejor de todo era que aquel fantástico cubo de oro iba a pasar a su poder.

Tendría que repartirlo con Frratn, pero, aunque sólo le quedase la mitad, le quedaría más que suficiente para vivir sin problemas el resto de su existencia.

Aunque, desde luego, tenía que hacer algo, antes de desaparecer para siempre, oculto bajo una nueva personalidad. Al fiscal que había conseguido una sentencia contra él, se lo haría pagar caro, muy caro.

CAPITULO. VI

—Bien, ¿y qué planes tienes para encontrar a Frratn? —preguntó Holcott.



Athasia meditó unos segundos. Luego levantó la vista para mirar al joven.

—Bien, a decir verdad, no resultará fácil —contestó—. En primer lugar, hemos de tener en cuenta que cualquier intento que haga yo por lanzar dardos mentales para conseguir su localización, resultará absolutamente inútil. Frratn tiene una potencia mental muy superior a la mía y anulará todos los esfuerzos que yo haga en ese sentido.

—Y él, ¿puede penetrar en tu mente?

—No, debido al bloqueo que he establecido, pero sí puede localizarme sin dificultad.

—¿Podría intentar eliminarte físicamente?

—No lo descarto del todo, Flush.

Holcott hizo una mueca.

—No es una situación agradable —mascullό—. Pero, supongamos que consigues localizarlo e, incluso más, hacerlo prisionero. ¿Qué decisión adoptarías respecto a él?

—Le obligaría a regresar a Ztaphur.

—¿Cómo? ¿Por qué procedimiento?

—Si consigo capturarlo, será porque he anulado sus poderes. Entonces, no tendrá más remedio que acatar mi decisión.

—Y si, a pasar de todo, ¿no acepta?

—Tendría que hacerlo; no le quedaría otra opción —respondió ella firmemente.

—Pero, ¿lo matarías si se negase a obedecerte?

—Es que no podría desobedecerme, Flush.

—Muy bien, siendo así, sólo tenemos que resolver el problema de encontrar a Frratn, echarle el guante y empaquetarlo como si fuese un salchichón. Y ya sólo restaría enviarle de vuelta a Ztaphur… ¿cómo, Athasia?

Ella sonrió hechiceramente.

—Permíteme que me reserve el procedimiento, por ahora —respondió.

—Muy bien, aunque tienes que darme tu palabra de que no lo matarás, si conseguimos capturarlo.

—La tienes, Flush.

—Y, otra cosa: puesto que no puedes localizarlo mentalmente, habrá que emplear otros métodos. Eso, créeme, puede resultar oneroso.

—¿Te refieres al dinero?

—Sí, exactamente. Yo gano un buen sueldo, pero no puedo permitirme ciertos dispendios, ¿compréndelo?

—Ese es un asunto que ya está solucionado —aseguró la joven—. ¿Alguna objeción más?

—No. Es decir, por ahora, no. Si se me ocurre algo, ya te Io diré. Ah, falta una cosa importante. Tú conoces a Frratn.

—Desde luego.

—Si dispusiéramos de una fotografía, podría hacer varias copias... Emplearé a algunos amigos para que intenten localizar a ese tipo...

—Aguarda unos momentos, por favor.

Athasia se dirigió a una mesita situada en un rincón de la sala, donde había algo parecido a una máquina de escribir, cubierta con una funda. Quitó ésta y, sentándose ante la mesa, empezó a escribir algo con el teclado que, apreció Holcott, tenía treinta o cuarenta teclas más de lo normal.

La parte posterior de la máquina tenía un tamaño, como si alguien le hubiese acoplado una maleta de buenas dimensiones. Al cabo de unos segundos, Athasia dejó de escribir, presionó una tecla circular y, casi en el acto, salieron varias cartulinas por una ranura.

Momentos después, Holcott tenía en la mano una docena de fotografías de Frratn.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó, estupefacto.

—Bueno, puesto que lo conozco, he proyectado mentalmente su

imagen a la grabadora que forma parte de la máquina. Esa grabadora recoge mis impulsos mentales y los traduce en imágenes, que luego son impresas en cartulina corriente.

Holcott sintió que se le caía la mandíbula.

—Es... increíble —dijo.

—Todavía falta algo —sonrió ella—, ¿Me prestas un billete, por favor? Yo utilizo siempre cheques o tarjetas de crédito...

—Sí, claro.

El joven sacó un billete de veinte dólares y ella lo introdujo en la máquina por una ranura situada en el costado izquierdo. De nuevo se puso a teclear, aunque, en esta ocasión, estuvo escribiendo casi media hora seguida.

Cuando terminó, presionó una tecla distinta a la anterior. A los pocos segundos, Holcott empezó a ver billetes que salían con una velocidad vertiginosa.

Casi se desmayó. Cuando, al fin, consiguió recobrarse, tenía en las manos varios fajos de cien billetes de a veinte dólares cada uno.

Athasia le dirigió una sonrisa llena de atractivos.

—He tardado más, porque he tenido que dar instrucciones a la máquina, a fin de que imprimiese números correlativos. De otro modo, todos los billetes habrían tenido la misma numeración y podría habernos costado caro.

—Nos costará, si lo descubren —gimió Holcott—, Yo, todo un fiscal, complicado en un caso de falsificación de moneda...

—No; sólo reproducción. Son billetes tan legítimos como los que emite tu gobierno. Nadie notará que los he hecho yo.

—Fabricación casera —dijo el joven sarcásticamente—, Athasia, voy a decirte una cosa. No sé si estoy loco o no, pero "hay algo que honradamente no puedo hacer, y es ayudarte en mi situación actual. Por tanto, dimitiré de mi cargo inmediatamente. O soy fiscal... o soy delincuente.

—Oh. Flush, eres un chico maravilloso. Lo haces por mí... y no sé cómo podré pagártelo algún día...

Holcott se encaminó hacia la puerta.

—Ya te avisaré los días y horas de visita —dijo. —En tu casa, claro.

—No, en la cárcel.

* * *

Joe Pashall se disponía a cerrar el local, cuando alguien abrió la puerta y se coló en el interior.

—Pierde el tiempo, hermano. La casa ya no sirve —gruñó.

—Soy yo, Joe —dijo Holcott.

Pashall miró a su amigo. Holcott vestía ropas oscuras y llevaba gafas de color. Además, se había subido el cuello de la chaqueta y miraba furtivamente a todos los lados.

—Flush, ¿qué demonios te ocurre? ¿De quién huyes?

—De mí mismo, aunque no puedo huir de mi conciencia… —Holcott cerró la puerta cuidadosamente—. Tengo algo que decirte y no quiero que nos vea nadie.

—Muy bien, pasa a mis habitaciones privadas…

—¿No tendrás alguna rubia esperándote en el dormitorio?

Pashall rió cínicamente.

—Hoy es mi día de descanso —contestó—. Lo saben todas… ¿Sabes que ahora me llaman Joe el Rojo? —dijo orgullosamente, acariciándose la rizada cabellera, peinada a estilo «afro».

—Sí, ese mejunje dio resultado. Bueno, vamos adentro.

Pashall cargó con una botella y dos vasos. Una vez en el interior de la casa, Holcott sacó un puñado de fotografías y unos fajos de billetes.

—Joe, tú conoces gente en cantidad. Necesito que contrates diez o doce, para que busquen a este tipo. Una vez que lo hayan localizado, deben informarte a ti y tú me lo dirás. Nada más, no es necesario otra

cosa.

—Entiendo. Se trata de un delincuente peligroso...

—Muy especial. Una vez localizado, no deben perderlo de vista ni un solo instante, ¿entendido?

—Conforme. Pero eso cuesta dinero..,.

Holcott arrojó encima de la mesa dos fajos de billetes.

—Cuatro mil «pavos» —dijo—. Tú los distribuirás en la forma más conveniente. No te hagas el tacaño, quiero resultados, ¿comprendes?

—Sí, Flush.

Pashall pasó el pulgar por el borde de los billetes.

—Parecen recién salidos de la Casa de la Moneda —dijo.

—Hechos en casa —contestó Holcott.

—Je... tienes un humor excelente...

Pashall contempló una de las fotografías, en la que se veía el rostro de un sujeto delgado, de nariz aguileña, pelo negro, con pico en la frente, y ojos que daban la impresión de arder por dentro.

—Parece Drácula —dijo.

—Drácula, a su lado, era un monje benedictino —contestó Holcott.

—Menudo pájaro. Oye, ¿y desde cuándo la oficina del fiscal dispone de tanta «pasta»?

—Ya no pertenezco a la oficina del fiscal. He dimitido.

— ¡Por todos los diablos! —se asombró Pashall—. Dimitir... ahora precisamente, cuando el caso Lipstone te había reportado fama y prestigio... ¿Estás loco?

—Debo de estarlo. O ella me ha vuelto loco —contestó él tristemente.

—¿Ella? ¿Quién?

—La marcianita, Joe.

Pashall meneó la cabeza.

—Desde luego, no me extraña en absoluto. Esa chica es capaz de volver loco a cualquiera. Y, dime, ¿quién es el pájaro de la fotografía?

—Sería un poco largo de explicar —respondió el joven—. Ya te lo diré otro día, no te preocupes. Haz lo que te pido, por favor.

—Descuida; antes de cuarenta y ocho horas, habremos localizado a este sujeto. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Se llama... Vamos a darle un nombre en clave. Tú le has dicho hace un momento, Joe. ¿Qué te parece Drácula?

Pashall se encogió de hombros.

—La verdad es que tiene una pinta de vampiro imponente —contestó.

* * *

Rol Barras entró en el locutorio del penal y se sentó frente a su jefe.

—Aquí estoy, Harry —dijo por el interfono que los ponía en comunicación a través del grueso cristal blindado que constituía el muro de separación entre presos y visitantes—. Me llamaste y he venido lo antes posible.

—Gracias, Rol —contestó Lipstone—. Escucha un momento. He planeado un golpe sensacional. Por lo menos, nos puede reportar cuarenta y cinco millones...

Barras miró fijamente a su jefe, las pocas semanas de cárcel que llevaba, ¿le habían hecho perder la razón?

—Sí, jefe —contestó con voz neutra—. ¿Qué he de hacer?

—Hoy mismo, me escaparé. Tú regresa a casa y actúa como si no ocurriese nada. Yo llegaré al anochecer. Para entonces, Tell Styleth y Arvid Shane estarán contigo. Son los chicos en quienes se puede confiar ciegamente y tomarán parte en el golpe. Yo, tú, esos dos... y un quinto personaje que no quiero mencionar por ahora. ¿Lo has entendido?

Barras dijo que sí, pero pensó que no lo creería, hasta que viese a Lipstone en su casa. Aunque quizá... era un hombre de recursos y había que concederle por lo menos el beneficio de Ia duda.

—O.K. —dijo al cabo—. A la noche, te aguardaré en casa, con Tell y Arvid. Y allí terminarás de contarnos el resto, supongo.

A media tarde, Lipstone recibió un tubito de metal en forma de lápiz. Frratn se elevó en el aire unos segundos antes.

Lipstone ascendió apenas medio minuto más tarde. Durante unos tensos instantes, permaneció con la respiración en suspenso. Si los vigilantes del muro le veían...

Pero no le vieron, a pesar de que pasó a menos de diez metros de uno de ellos. Y entonces se convenció de que aquel sujeto que se hacía llamar Grudz Frratn poseía realmente unas facultades excepcionales.

CAPITULO VII

El videófono sonó repentinamente.

Holcott dio Ia tecla de contacto y el rostro de Pashall se hizo visible en el acto.

—Noticias, Flush —dijo el dueño de El Pato Canalla.

—Adelante, Joe.

—Ah, estoy viendo a la marcianita contigo. Realmente, es una preciosidad, aunque ahora ya no tengo motivos para envidiarte. Athasia, no te había vuelto a ver desde el día en que me diste el crecepelo. Nunca te lo agradeceré bastante.

—Me alegro mucho de que estés tan contento, Joe —respondió la muchacha—. Sin embargo, creo que hubo un pequeño fallo en la fórmula.

—¡Se me caerá el pelo otra vez! —gritó Pashall, aterrado.

—No, hombre. El fallo es referente al color del pelo. Tienes cabello para toda tu vida, puedes creerme.

—Bueno, siendo así, lo mismo me da un color que otro. Flush, perdona la digresión, pero he visto que Athasia estaba contigo...

—No te preocupes, Joe. ¿Qué noticias tienes para mí?

—Hemos localizado a Drácula. Se hospeda en el Sun & Stars. Tengo a dos de los muchachos que no le pierden de vista un segundo.

—Estupendo, Joe, sabía que lo conseguirías. Deja el resto para nosotros y ya te diré...

—Aguarda un momento, Flush; todavía no he terminado. Supongo que ya te has enterado de la fuga de Lipstone.

—Sí por cierto. Lo curioso del caso es que nadie sabe cómo pudo evadirse. Es una de las prisiones más seguras y hace años que no se conocía una fuga.

—Bueno, Lipstone lo ha conseguido. Uno de los chicos me dijo que había jurado vengarse de ti. Te lo advierto, para que no te descuides.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

—Y, otra cosa... Yo no acabo de creérmelo, pero te lo repito tal como me lo han dicho a mí. Aunque Lipstone ha cambiado de aspecto, uno de los chicos lo conoce muy bien y jura que lo ha visto en compañía de Drácula.

—¿Con Frratn? —se asombró Athasia—. Pero, ¿qué hacen esos dos tipos juntos?

—Ah, Drácula se llama Frratn...

—Eso no importa ahora, Joe —dijo el joven—. Nosotros seguiremos llamándole de ese modo. ¿Dices que Drácula y Lipstone estaban juntos?

—Sí, ésos son los informes que tengo. La situación de Drácula en el Sun & Stars es absolutamente segura; lo otro, debe ser aceptado con reservas.

—Si eso fuera cierto, tendríamos que sospechar que esos dos tipos preparan un golpe de envergadura, Joe.

—Desde luego, aunque a mí no se me alcanza cuáles puedan ser sus proyectos.

—Déjalo de mi cuenta. Y gracias por todo, Joe.

Holcott cortó la comunicación y se volvió hacia la muchacha.

—Lo has oído todo —sonrió—. ¿Cómo piensas atrapar a Frratn?

—Como acabas de decirle a tu amigo, déjalo de mi cuenta —respondió la muchacha—. Lo único que te pido es tu experiencia en moverte en determinados ambientes.

—Cuenta conmigo —dijo Holcott—, ¿Cuándo vamos a buscara… Drácula?

—¿Te parece bien ahora mismo?

—Encantado.

Holcott y la muchacha se dispusieron a salir. Cuando llegaban a la puerta, Athasia se puso una mano en la frente.

—¿Qué te ocurre? —preguntó.

—Percibo ciertas influencias hostiles… ¿No dijo Joe que Lipstone quiere vengarse de ti?

El joven se estremeció.

—Es un sujeto muy rencoroso. No me perdonará jamás que lo hiciese condenar a veinte años de presidio.

—Los pensamientos hostiles no son suyos, desde luego. Pertenecen a otra persona…

Zack Olstein estaba en un edificio situado frente a la residencia de la muchacha. Había conseguido localizar al ayudante del fiscal y se disponía a cumplir el contrato que le habían ofrecido.

Situado detrás de una ventana, con las cortinas corridas, salvo una pequeña rendija necesaria para su objetivo, empuñaba el rifle situado sobre un trípode, a fin de darle una mayor estabilidad.

El rifle disparaba proyectiles antiguos, de pólvora, por lo que disponía de silenciador. También tenía una mira telescópica. las imágenes de la casa de Athasia llegaban así a sus retinas, como si el

edificio estuviese situado a diez metros tan sólo de distancia.

Olstein había explorado la casa con el visor telescópico. En varias ocasiones, había visto a Holcott, pero nunca se había parado lo suficiente para una buena puntería. Olstein, por otra parte, era hombre que sabía tener paciencia.

Esperó sin prisas. Holcott y la chica saldrían de casa un momento u otro. Les había visto levantarse y arreglarse, y había deducido que la aparición era inminente.

Se inclinó una vez más sobre el rifle y ajustó la mira exactamente a la puerta de la casa, a la altura del pecho de una persona. El primer disparo, aturdiría por lo menos a Holcott. El segundo significaría su fin.

De repente, el cañón del rifle se curvó lentamente hacia abajo.

Olstein parpadeó. Estaba viendo visiones... Lo peor de todo era que no había tomado una gota de alcohol.

El cañón del arma parecía de goma. La mandíbula inferior de Olstein empezó a temblar convulsivamente.

De pronto, el cañón se movió en sentido inverso, curvándose hacia arriba. Olstein, estupefacto, vio que el tubo se doblaba por completo, en ángulo de 180°, y que su boca apuntaba directamente hacia él.

El pánico le invadió y empezó a correr, lanzando gritos aterradores. Salió de la casa y huyó desalado, enloquecido de pavor, aunque, de vez en cuando, se volvía, como si temiera que el rifle le persiguiera.

Y, en efecto, le perseguía, moviéndose sobre las tres patas del trípode, que parecían haber cobrado vida repentinamente. Olstein siguió corriendo, hasta que tropezó con un coche de patrulla, a cuyos ocupantes pidió que le protegiesen, porque estaba siendo perseguido por un rifle, que cabalgaba sobre su trípode...

Aquella noche, Olstein fue encerrado en una celda acolchada envuelto en una camisa de fuerza.

* * *

—Muy bien —dijo Frratn—, ya conocen todos el plan. Este aparato disolverá el cristal blindado y lo reconstruirá inmediatamente, apenas hayamos sacado el bloque de oro de su pedestal.

Lipstone contempló aquel tubo, que parecía un pequeño extintor de incendios, de los utilizados en pequeños vehículos.

—¿Y las alarmas? —preguntó.

Frratn sacó un tubito del tamaño de un lápiz.

—Anulador de alarmas… de «todas» las alarmas —dijo enfáticamente.

—Los vigilantes. Hay dos constantemente frente al bloque de oro, más los que hacen la ronda en el interior del Banco.

Frratn sacó otro tubo semejante al anterior, pero de color rojo vivo.

—Anestésico, mediante unas ondas especiales, que harán dormir a los vigilantes hasta las seis de la mañana —explicó.

—Muy bien. El bloque pesa más de diecinueve toneladas. Dígame ahora cómo lo sacamos de su sitio.

Una vez más, Frratn sacó otro objeto, esta vez de forma rectangular, muy alargado, de unos veinte centímetros de largo, por cuatro de ancho y uno de grueso.

—Anulador de gravedad —dijo—. Para hacerlo funcionar, sosténgalo con la mano izquierda, apretando al mismo tiempo el botón amarillo que se ve en la base. Con la otra mano, podrá levantar el cubo de oro con tanta facilidad como si fuese de cartón pintado de purpurina.

—Perfectamente. Tengo también el… abridor de las puertas, pero, sin embargo, queda un problema por resolver.

—Expóngalo, se lo ruego —pidió Frratn cortésmente.

—Fundir el bloque en pequeños lingotes será una labor de titanes. ¿Cómo piensa conseguirlo?

—No lo fundiremos. Simplemente, lo cortaré.

—Lo cortará… —dijo Lipstone, estupefacto.

—Tengo la maquinaria precisa, aunque me faltan un par de elementos, que compraré en el comercio local. No se preocupe; la sierra que voy a emplear, podría cortar el planeta en rodajas —dijo Frratn con suficiencia.

—Bueno, pero eso tiene un inconveniente. El polvillo de oro, se perderá…

—Recogeremos hasta la última-partícula con un aspirador. No se perderá absolutamente un gramo de peso.

—De acuerdo. Después de lo que hizo usted para sacarme del presidio, me dice que puede hacer que las ranas críen pelo y no lo pondría en duda —rió Lipstone—. Entonces… ¿hasta las doce en el Banco?

—A esa hora me reuniré con ustedes —aseguró' Frratn.

Lipstone le apuntó con el índice.

—Escuche una cosa. Me gusta la puntualidad y, por supuesto, la fidelidad en el trato. Si a las doce no está en el Banco, nosotros empezaremos sin usted.

—Mi presencia en el teatro de operaciones es algo tan seguro como la salida del sol por el Este todos los días —contestó Frratn con acento de superioridad.

Lipstone no quiso seguir discutiendo más. Metió todos los objetos en un pequeño maletín de mano y abandonó la habitación del hotel en que se alojaba aquel extraordinario individuo.

Cuando convenía, Lipstone sabía disfrazarse y no temía en absoluto ser reconocido. En cambio, él sí podía reconocer a otras personas, pero no las vio, porque descendió en un ascensor de sentido inverso al que Holcott y Athasia utilizaban en aquellos momentos.

* * *

—Lo que has hecho no me ha gustado demasiado —dijo Holcott en son de queja, cuando ya se disponían a salir del ascensor.

—¿Por qué? Te he salvado la vida…

—Lo sé, y nunca te lo agradeceré bastante, pero me prometiste no emplear tus excepcionales facultades.

—Salvo en casos excepcionales, Flush.

—Bueno —rezongó el joven—, es preciso reconocer que ese tipo se disponía a aumentar mi peso a base de plomo. Pero no lo repitas, Athasia.

—De acuerdo. Sin embargo, convendrás conmigo que resultó divertidísimo. El trípode con el rifle, corriendo detrás del sujeto...

—A él no le haría mucha gracia —sonrió Holcott—. Menos mal que luego devolviste el arma a su sitio. En fin, ya estamos delante de la puerta de la habitación de Frratn.

Athasia se dispuso a empuñar el pomo para abrir, pero él la sujetó por la muñeca.

—He estado pensando una cosa —dijo.

—¿Sí, Flush?

—Para atrapar a Frratn piensas utilizar tu potencia mental.

—No tengo otra opción —admitió ella.

—Pero puede suceder una cosa. La fuerza mental de Frratn es muy superior a la tuya.

—No tengo otro remedio que darte la razón. Sin embargo, creo que debo correr el riesgo...

—No vas a correr ningún riesgo. Por nada del mundo voy a consentir que ese sujeto destroce tu cerebro y te convierta en un vegetal viviente o algo por el estilo. Yo me encargaré de él, Athasia.

—¿Tú? Pero si Frratn puede derrotarte con mover el dedo tan sólo...

Holcott sonrió.

—Nos enfrentamos una vez y, creo recordar, no fui yo precisamente el derrotado. ¿Quieres dejarlo de mi cuenta?

—Muy bien. —Ella hizo un amplio ademán—. Me quedo de reserva, por si fracasas.

—No fracasaré —aseguró él.

Asió el pomo, lo hizo girar y empujó la puerta.

CAPITULO VIII

Frratn estaba vuelto de espaldas a la puerta, haciendo algo en lo que parecía un pequeño taladro para trabajos caseros. Enfrascado en su tarea, no se dio cuenta de nada, hasta que oyó unos extraños sonidos a su espalda:

—¡Grrr...! Soy un tigre y vengo a comerte.

Frratn lanzó un agudo chillido de pánico y se volvió de un salto. Entonces vio al joven.

—¡Usted! —barbotó.

—No; soy un tigre. ¿No ves-mis colmillos y mis garras? Voy a comerte...

Frratn se echó a reír.

—Eres Flush Holcott. ¿Creías que ibas a engañarme con un truco tan burdo?

El joven fingió sorpresa y se miró las manos, asombrado de ver que no eran las garras de un tigre.

—Algo ha fallado —dijo.

—Claro que algo ha fallado, imbécil. No puedes transformarte en un tigre, porque no estás capacitado para ello.

—Pues Vjirr Sdamss me dijo que sí podría transformarme en un tigre o en lo que quisiera. Es más, hice algunas pruebas delante de él y dieron resultado.

—¿Quién es Vjirr Sdamss? —preguntó Frratn.

—Un amigo tuyo. Me lo encontré el otro día. Te andaba buscando

y me preguntó por ti. Yo le dije que no sabía dónde estabas, pero que si quería podía ayudarle. Sdamss me dio, además, una cosa para ti.

Holcott metió una mano en el bolsillo y hurgó un poco.

—Vaya, qué despistado soy... La he perdido...

—¿Qué es lo que has perdido? —preguntó Frratn.

—Ah, no, no... Está aquí... ¡Mira!

Frratn, incautamente, se acercó para ver lo que el joven tenía en la mano izquierda, todavía cerrada. Cuando lo tuvo a tiro, Holcott disparó el puño derecho con toda su potencia.

El sujeto voló un poco a través de la habitación y acabó por caer en un diván, completamente sin sentido. Holcott se acercó a él, le contempló unos instantes y luego fue hacia la puerta.

Desde el umbral, miró a la chica y sonrió.

—Objetivo alcanzado —dijo.

Athasia se asomó y vio a Frratn dormido plácidamente.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Le conté el cuento de «Blancanieves y los siete enanitos». Es un remedio infalible para dormir a la gente. Anda, pasa, no te quedes ahí afuera.

Ella entró y se acercó a Frratn. Abrió su bolso y sacó una cinta que parecía hecha de finísimos hilos de plata, la cual colocó en tomo a la frente del sujeto, asegurándola después con lo que parecían unos alicates para sellar precintos.

—Ya está —dijo al terminar.

—Ya está, ¿qué? —preguntó él.

—Sus poderes han quedado absolutamente anulados. Ahora es una persona como las demás. Como vosotros, los terrestres, claro.

—Ah, entiendo. Bueno, ¿qué vas a hacer con él?

—Enviarlo de vuelta a Ztaphur, claro.

—Me gustaría saber cómo lo vas a hacer —dijo el joven.

—Se lo ordenaré, simplemente. El tiene su propio vehículo espacial. Además, le ordenaré que convoque a sus colegas y les diga la conveniencia de abandonar la Tierra. Le obedecerán; él es el jefe.

—Deben de tener alguna nave escondida por ahí, ¿verdad?

—Sí, desde luego. Yo también tengo la mía…

De pronto, Holcott se acercó a la mesa donde había estado trabajando Frratn hasta su llegada y examinó el singular artefacto que había encima y que tenía todo el aspecto de un taladro corriente.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Al mismo tiempo que hablaba, apretó el botón de contacto. Una delgadísima raya de luz blancoazulada partió del lugar donde debía estar la broca y alcanzó el pie de una pesada lámpara de metal.

El pie era de bronce artísticamente forjado y el rayo de luz lo seccionó como si hubiera sido de blanda mantequilla. La pantalla se inclinó y cayó al suelo con cierto estrépito.

—¡Demonios! —se asustó el joven.

—¡No toques eso! —gritó Athasia.

Holcott se acercó a la columna que había sostenido la pantalla hasta entonces y vio que el corte era perfectamente limpio, sin rebabas. La sección en aquel trozo cilíndrico era ligeramente oblicua.

En la pared había una ligera manchita negra, circular. Athasia se le acercó y le quitó aquel extraño artefacto.

—No lo toques —dijo—. Podrías causar graves daños.

—Ya lo he visto —contestó él—. Pero, ¿qué es?

—Entre otras cosas, un cortador de metales… y yo me pregunto para qué podía tener Frratn un aparato semejante en su poder.

—Puedes preguntárselo a él cuando despierte.

—No da señales de recuperar el-conocimiento…

—Aguarda un momento.

Holcott fue al baño y volvió con un vaso lleno de agua. El líquido salpicó el rostro de Frratn, quien empezó a agitarse a los pocos momentos.

—Dentro de un minuto habrá recobrado el sentido —aseguró.

Al fin, Frratn abrió los ojos y se sentó en el diván. Tanteó la mandíbula con una mano y miró rencorosamente al joven.

—Pega duro —rezongó.

—Con los tipos de su clase, no se puede andar uno con remilgos —contestó el joven—. Bueno, amigo Grudz, esta chica tan linda que está a mi lado le ha puesto algo en la cabeza, lo cual, según dice, anula por completo sus poderes. Ha sido derrotado y lo mejor que puede hacer es admitir deportivamente que ha perdido la partida.

Frratn se llevó una mano a la cabeza y lanzó un rugido de rabia.

— ¡Traidora! -—gritó.

—Se debe respetar vuestra forma de pensar, pero no podemos admitir que llevéis vuestras ideas a la práctica —contestó ella sin inmutarse—. Grudz, dime, ¿para qué quieres el cortador de metales?

—No te lo diré...

—Sí, me lo dirás.

Frratn sonrió burlonamente.

—¿Cómo me vas a obligar a que te conteste? ¿Torturándome?

—Sabes muy bien que ahora eres un tipo corriente. Tus poderes ya no sirven para nada. Grudz, no me obligues a emplear mi potencia menta!.

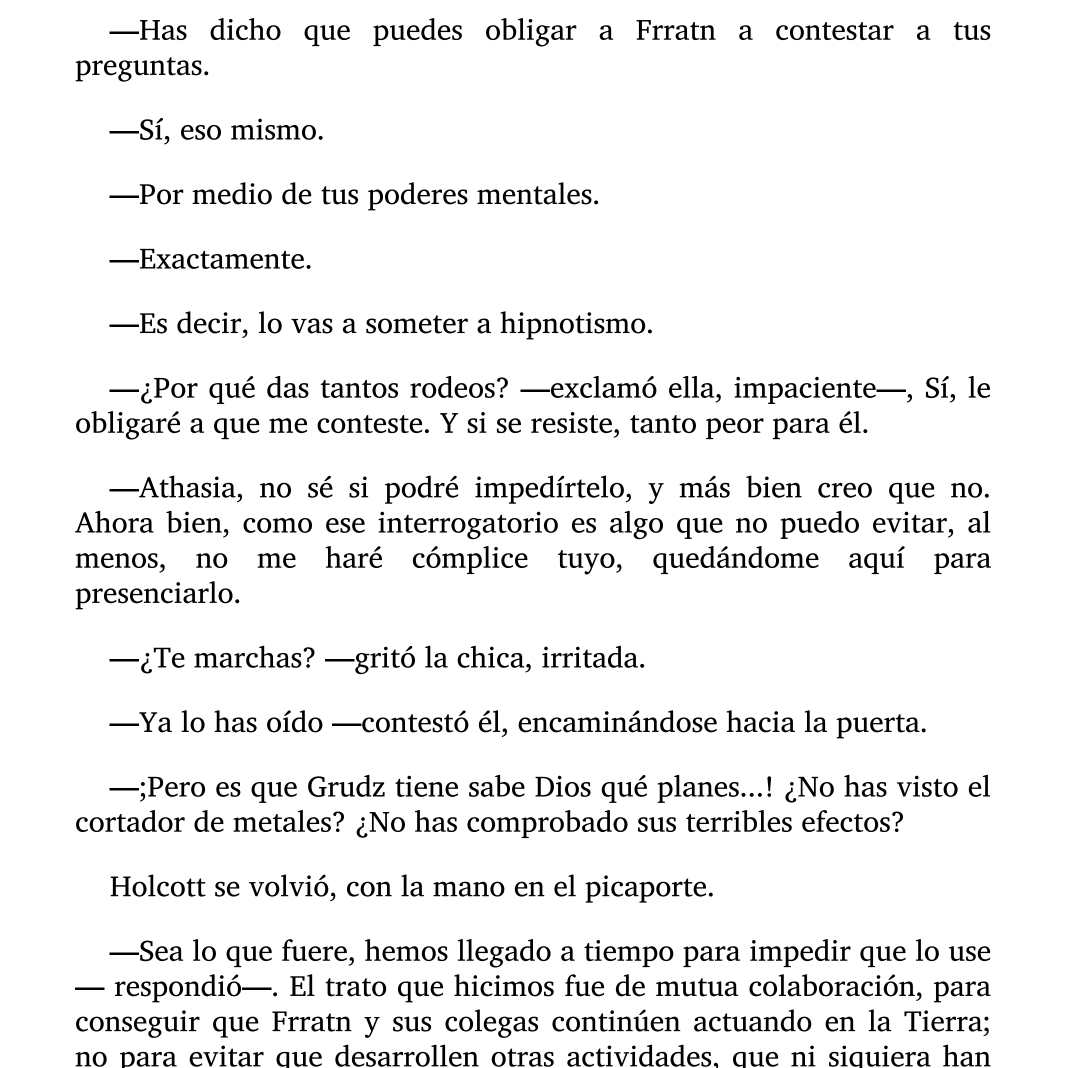
—Me resistiré...

—Sería peor para ti y lo sabes muy bien.

Holcott extendió una mano súbitamente.

—Un momento, Athasia —rogó.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó ella desabridamente.



—Has dicho que puedes obligar a Frratn a contestar a tus preguntas.

—Sí, eso mismo.

—Por medio de tus poderes mentales.

—Exactamente.

—Es decir, lo vas a someter a hipnotismo.

—¿Por qué das tantos rodeos? —exclamó ella, impaciente—, Sí, le obligaré a que me conteste. Y si se resiste, tanto peor para él.

—Athasia, no sé si podré impedírtelo, y más bien creo que no. Ahora bien, como ese interrogatorio es algo que no puedo evitar, al menos, no me haré cómplice tuyo, quedándome aquí para presenciarlo.

—¿Te marchas? —gritó la chica, irritada.

—Ya lo has oído —contestó él, encaminándose hacia la puerta.

—;Pero es que Grudz tiene sabe Dios qué planes...! ¿No has visto el cortador de metales? ¿No has comprobado sus terribles efectos?

Holcott se volvió, con la mano en el picaporte.

—Sea lo que fuere, hemos llegado a tiempo para impedir que lo use — respondió—. El trato que hicimos fue de mutua colaboración, para conseguir que Frratn y sus colegas continúen actuando en la Tierra; no para evitar que desarrollen otras actividades, que ni siquiera han tenido tiempo de iniciar. A mí no me importa lo que quisiera hacer, puesto que no lo ha conseguido. Lo único que sé es que está en tu poder y que, al menos con mi presencia, repito, no aprobaré lo que piensas hacer con él. Cualquier cosa que le suceda, a partir de ahora, es de tu exclusiva responsabilidad.

—Flush, creí que me apreciabas —dijo ella en tono plañidero.

—Yo también —se despidió el joven.

Athasia se volvió hacia Frratn. El hombre sonreía burlonamente.

—Te ha dado una buena lección —dijo.

—¡Cállate! —gritó ella, exasperada.

—Si tú lo ordenas... Pero tiene razón; no te diré para qué iba a emplear el cortador de metales.

—¿Qué estás tramando, Grudz?

—¿Por qué no usas tus poderes mentales?

Athasia pateó el suelo con furia irreprimible.

—Está bien, no te obligaré a que me contestes a esa pregunta. Pero, en cambio, sí puedo ordenarte que te comuniques con tus compinches y que os reunáis, para abandonar este planeta.

—Puesto que hemos sido derrotados, no nos queda sino acatar la orden —contestó Frratn con mansedumbre.

* * *

Lo primero que hizo Lipstone fue utilizar el emisor de rayos hipnóticos, que podía actuar a través de las paredes. Todos los vigilantes del Banco quedaron dormidos en menos de medio minuto.

—Llave —dijo, como un cirujano en el quirófano.

Tell Styleth sostenía el maletín abierto que contenía los instrumentos que le habían sido entregados por Frratn. Lipstone utilizó un aparato que hacía funcionar las cerraduras en sentido inverso y las puertas de cristal de la entrada principal se deslizaron simultáneamente a ambos lados.

—Paso libre —dijo, satisfecho.

Barras y Arvid Shane siguieron a los otros dos. Lipstone se situó frente a lo que era un singular monumento de cristal, granito rosado y oro.

El pedestal era asimismo de forma cúbica, aunque mayor que el bloque de oro que sostenía. La altura del pedestal era de metro y medio y su anchura de dos. La cubierta de cristal tenía unas dimensiones análogas, de modo que el cubo de oro quedaba perfectamente visible desde cualquier ángulo.

Lipstone utilizó otro de los aparatos.

—Anulador de alarmas —dijo.

Sus secuaces no se atrevían a hablar. Styleth, sin embargo, arrojaba frecuentes miradas a los dos vigilantes, dormidos en sendas butacas, con las armas sobre el regazo.

Eran ametralladoras que disparaban balas de tres milímetros de calibre, a una velocidad de seis mil disparos por minuto. El cargador tenía trescientos proyectiles, lo cual significaba que, en una décima de segundo, podía meterle treinta balas en el cuerpo. El número suplía a la pequeñez y, puesto que aquellas armas disponían de estabilizador de tiro, el efecto de una salva era semejante a la descarga de una escopeta de dos cañones.

Pero, aún así, al tirador le quedarían muchísimas más balas en el cargador y...

Procuró apartar aquellos tétricos pensamientos de su imaginación. En aquel momento, Lipstone decía:

— ¡Fuera cristales!

La cubierta de vidrio se desintegró, ante el asombro de todos los presentes. Luego, Lipstone entregó el instrumento a Barras.

—Rol, cuando yo haya sacado el bloque de oro, aprieta este botón. El cristal volverá a aparecer como si no hubiera pasado nada.

Barras tragó saliva. Lipstone estaba realizando actos que parecían de pura magia. No sabía que tenía un poderoso cómplice, cuyo nombre, sin embargo, se había negado a revelarle hasta entonces. Pero no pensaba preguntárselo.

Lipstone cogió el anulador de gravedad y oprimió el botón de contacto con el pulgar izquierdo. Luego hizo un gesto con la otra mano.

—Ven, Arvid.

Shane se acercó. Lipstone le señaló el cubo de oro.

—Empújalo suavemente. No temas, en estos momentos, no pesa prácticamente nada.

Shane obedeció. Con infinito asombro, se dio cuenta de que podía mover el colosal bloque de oro con absoluta facilidad.

Lipstone se situó al otro lado, siempre con el anulador de la gravedad en funcionamiento. Cuando el cubo de oro estuvo casi medio metro fuera del pedestal, metió la mano derecha por debajo, con los dedos extendidos, y lo-levantó en el aire.

—¡Hale, hop! —dijo, como los forzudos de circo.

Mantuvo el cubo sobre su cabeza y dio una vuelta entera en torno al pedestal, ante los asombrados ojos de sus compinches, que no acababan de dar crédito a lo que estaban viendo. Lipstone se pavoneaba triunfante, rebosante de orgullo, sabedor de que aquel golpe le iba a proporcionar un enorme prestigio sobre sus secuaces.

Al fin, se cansó de demostrar su euforia y se encaminó hacia la puerta. Barras le seguía, para realizar con los instrumentos las operaciones en sentido inverso.

—Mi amigo no ha venido —dijo, cuando ya salían—. Ignoro los motivos, pero ya le dije que tenía que ser puntual.

—Si no viene, se quedará sin su parte, supongo —manifestó Barras.

—Puedes contarlo como seguro.

El Banco quedó como si no hubiera ocurrido nada, salvo que el bloque de oro había desaparecido, sin la menor señal de violencia. Lipstone había prevenido una pequeña furgoneta de carga, capaz de moverse también por el aire, y metió el cubo de oro en el lugar destinado a la mercancía.

Shane se encargó de pilotar el aparato.

—Ya sabes adonde hemos de ir —dijo Lipstone, quien no soltaba un solo instante el anulador de carga.

Si aquel aparato fallaba, el bloque le aplastaría en el acto.

Se estremeció; era algo que debía evitar a toda costa. No tendría gracia que, habiendo conseguido lo más difícil, no pudiera luego disfrutar del botín.

El aparato se elevó en el aire. Barras, sin embargo, parecía muy preocupado.

—¿Qué te pasa, hombre? —preguntó Lipstone, rebosante -de júbilo —. ¿No te sientes contento al pensar en los millones que tienes al

lado?

—Sí, pero tu amigo no ha venido y... ¿cómo diablos trocearemos ese cubo de oro?

—Lo principal es que está en nuestro poder. Mira, Rol, yo sé dónde está ese tipo. El sabe también dónde tiene que acudir, caso de no llegar al Banco a tiempo. Vendrá, no te preocupes; a fin de cuentas, no puede dejarse perder cuarenta y cinco millones, así corno así.

Una hora más tarde, el aparato tomó tierra en la explanada que había ante una casa, que parecía perdida en un frondoso bosque. Styleth saltó el primero y precedió a su jefe, quien caminaba como lo había hecho hasta entonces: el anulador de gravedad en la mano izquierda y el bloque sostenido en alto con la derecha. Esto era algo que Lipstone no habría dejado hacer a sus secuaces por nada del mundo.

Styleth abrió la puerta y encendió la luz, apartándose a un lado inmediatamente. Lipstone cruzó el umbral.

El bloque de oro, en cierto modo, le dificultaba la visión, por lo que no vio que la alfombra que había en la sala estaba ligeramente levantada. Tropezó y, sin poder evitarlo, empezó a caer hacia adelante.

Gritó furiosamente. El instinto de protegerse de la caída fue más fuerte que cualquier otra consideración.

Soltó el anulador de gravedad y, al cesar la presión sobre el botón de contacto, el aparato dejó de funcionar. El cubo de oro cayó delante del propio Lipstone.

Durante una fracción de segundo, Lipstone temió que la caída de aquel enorme peso destrozara el suelo. Pero no ocurrió así.

¡Él cubo de oro chocó contra el suelo y se rompió en mi! pedazos, como si hubiera estado hecho de frágil vidrio!

CAPITULO IX

Dormía apaciblemente, cuando le despertó el zumbido del videófono. De mala gana, se levantó y acudió a la sala. Momentos después, Holcott contemplaba el rostro de su amigo Pashall.

—Joe, hermano, ¿por qué me despiertas en lo mejor de mi sueño? —se quejó.

—Tengo que darte una noticia y no es buena —contestó Pashall—. Y no llores, porque ya son las once de la mañana. ¿Qué diablos hacías a estas horas, todavía en la cama?

Holcott se sentía un tanto avergonzado. Después de la disputa con Athasia, se había sentido infinitamente desdichado, tanto por haber roto con la muchacha, como por no claudicar en sus convicciones. La solución había sido la botella.

Tenía la lengua espesa y le dolía la cabeza. Ahora veía claramente que la borrachera no había aliviado en nada su estado de ánimo. %

—Eso no te importa —contestó de mal talante—. ¿Qué diablos pasa ahora, Joe?

—Esto te interesa a ti muy particularmente. ¿No eres el apoderado de la señora Darkin?

—Sí, desde luego. La represento a ella, hasta que Egon haya curado. No tiene importancia, creo.

—La tiene, Flush. Agárrate a algo, porque lo vas a necesitar. ¡Han robado el bloque de oro!

Holcott se quedó con la boca abierta un instante. Luego dijo:

—Es una broma, ¿verdad?

Pashall consultó su reloj.

—Faltan treinta segundos para las once. Procura escuchar el noticiario de esa hora, es todo lo que puedo decirte.

Un minuto más tarde, Holcott, abrumado, se desplomaba en un diván.

Era increíble, pero había sucedido. El bloque de oro que valía noventa millones de dólares «fuertes» había desaparecí' do del Banco, sin que se advirtiese la menor señal de violencia.

Nadie sabía cómo había ocurrido. Los vigilantes no habían percibido nada sospechoso. La policía calculaba que habían sido sometidos a la acción de un potente narcótico, pero, hasta aquellos momentos, los análisis de líquidos orgánicos no daban resultados positivos. Como consecuencia de ello, estaban considerados como sospechosos de complicidad en el robo y habían sido arrestados.

Lo más extraño de todo era que no se notaba en absoluto Ia menor señal de violencia y nadie se sentía capaz de imaginar cómo habían podido los ladrones llevarse un bloque que pesaba más de veinte toneladas. Se había necesitado una potente grúa, como se hizo en el momento de la instalación, pero habrían quedado algunas marcas y señales, de las cuales no había el menor rastro. Así había sucedido cuando se colocó el bloque en el pedestal, pero las huellas de la operación habían sido cuidadosamente borradas, a fin de que el cubo de oro pudiera lucir en todo su esplendor.

La noticia se había divulgado rápidamente por la ciudad y había causado enorme sensación. Durante unos momentos, Holcott se sintió terriblemente indeciso, sin saber qué hacer.

Pashall volvió a llamarle.

—Era cierto, ¿eh?

—Sí —admitió él con amargura—. Joe, me voy a ver en un aprieto. ¿Cómo le explico yo lo que ocurre a la señora Darkin, puesto que accedí a que el cubo de oro de su hijo fuese expuesto permanentemente? si me hubiera negado…

—Quizá puedas recuperarlo —apuntó Pashall.

—¿Cómo, Joe?

—Hombre, está claro. Pídele ayuda a la marcianita.

-—¡No! —bramó el joven.

Y cortó la comunicación.

Su orgullo le impedía llamar a Athasia. Pedirle ayuda era lo último que haría en este mundo.

—Mejor dicho —se corrigió—. No lo haré, bajo ningún concepto.

Luego se dijo que no podía permanecer inactivo. Algo tenía que

hacer y, al final, decidió que lo más conveniente sería hablar con Drusilla Mannerbaum.

* * *

El estado de ánimo de Drusilla no era mejor que el suyo. Gracias a su condición de apoderado de la familia Darkin, Holcott pudo atravesar la espesa muchedumbre de detectives y policía que atestaban el Banco, y llegar hasta el despacho de la joven.

Drusilla se hallaba al borde de un ataque de histerismo. Había tenido que ser atendida por un médico, el cual se retiraba ya, cuando el joven se disponía a entrar en su despacho.

—No la moleste mucho —aconsejó el galeno.

Drusilla se hallaba derrumbada en un diván, con un paño húmedo sobre la frente. Miró al joven y sonrió desmayadamente.

—Flush, ¿qué podría decirte? —murmuró—. No sé cómo ha podido suceder, nadie tiene la menor idea...

—Bueno, un cubo de oro que pesa casi veinte toneladas no es algo que uno pueda echarse fácilmente al bolsillo —dijo él—. Encontraremos a los ladrones, descuida.

—Lo dudo mucho... Han obrado con una habilidad insuperable... Flush, creo que tendré que dimitir... Esto será mi ruina profesional...

—La responsabilidad es del Banco, Drusilla.

—En lo económico, sí; tendrá que responder de la pérdida del cubo de oro. Pero la idea fue mía... Todos la aceptaron, claro, aunque ya sabes lo que suele pasar en casos semejantes...

Holcott se dijo que nunca se había dado el caso de que alguien robase diecinueve mil trescientos veinte kilos de oro, pero no quiso discutir el tema.

—Encontraremos a los ladrones y recuperaremos el bloque, ya lo verás —dijo, con las manos de Drusilla entre las suyas.

—Gracias... Tú harás algo... Eres un tipo inteligente...

Holcott notó entonces algo extraño, pero no le concedió mayor importancia, hasta que hubo salido fuera del Banco.

Al sostener las manos de Drusilla en las suyas, había notado el pulso de la joven. Era perfectamente normal.

No parecía lógico, se dijo. Una mujer que se consideraba responsable de la pérdida de noventa millones, tenía que sentirse a la fuerza terriblemente afectada. El pulso tendría que estar alterado.

¿Debía sospechar de Drusilla?, se dijo.

En tal caso, si ella tenía algo que ver con el robo, ¿cuál había sido su participación?

Pero aún había otra pregunta de mayor importancia y mucho más inquietante. ¿Dónde estaba el cubo de oro?

* * *

Furioso, Lipstone arreó una patada a uno de los trozos caídos en el suelo y lo dividió en fragmentos aún más pequeños.

—¿Quién? ¿Quién ha podido hacerme una jugarreta semejante? ¿Quién dio el cambiazo al bloque auténtico.

Sus secuaces no sabían qué decir. Barras, Styleth, Shane... Todos se sentían igualmente desconcertados.

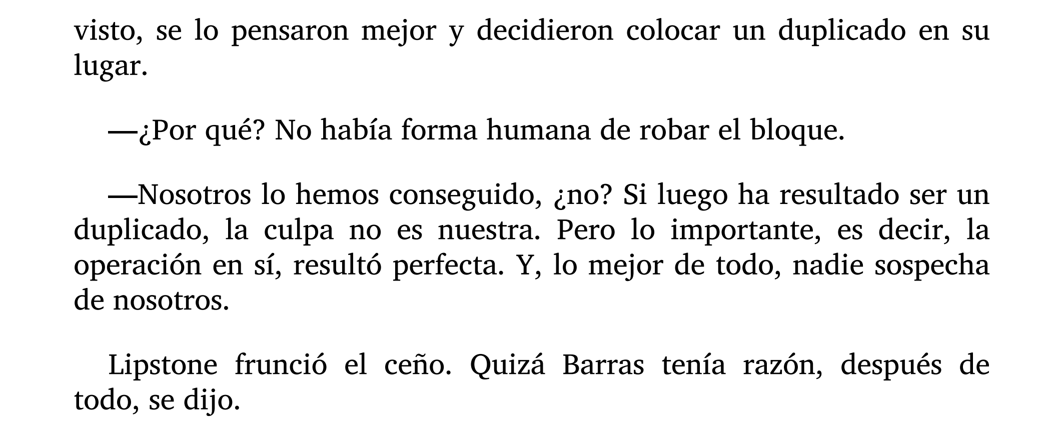
Barras había examinado a fondo uno de los fragmentos que habían formado la estructura del bloque. Sí, era vidrio, de unos ocho milímetros de grosor, con la forma externa del cubo de oro, y luego recubierto por una capa de este metal, cuyo espesor no llegaba a la décima de milímetro.

—Se me ocurre una idea —dijo de pronto.

Lipstone se volvió hacia su hombre de confianza.

—A ver, habla —rezongó.

—El Banco hizo mucha publicidad acerca del cubo de oro. Anunciaron que lo tendrían permanentemente expuesto, pero, por lo



visto, se lo pensaron mejor y decidieron colocar un duplicado en su lugar.

—¿Por qué? No había forma humana de robar el bloque.

—Nosotros lo hemos conseguido, ¿no? Si luego ha resultado ser un duplicado, la culpa no es nuestra. Pero lo importante, es decir, la operación en sí, resultó perfecta. Y, lo mejor de todo, nadie sospecha de nosotros.

Lipstone frunció el ceño. Quizá Barras tenía razón, después de todo, se dijo.

—Sin embargo —gruñó—, creo que hay una objeción.

—¿Sí?

—El oro está en alguna parte, no hay duda. Pero en el Banco se hallaban absolutamente seguros de que no lo robarían.

—Eso es cierto.

—Recuerdo muy bien las innumerables entrevistas que se hicieron a los directivos del Banco. Todos aseguraron que el cubo de oro sería expuesto. Ninguno de ellos dio la menor sensación de que sólo habría un duplicado a la vista del público.

—Claro, tenían que guardar el secreto —adujo Barras.

—¿Y si el oro no estuviese guardado en alguna parte del Banco y uno de esos directivos, sin contar con los demás, lógicamente, hubiera decidido apropiárselo?

Barras torció el gesto.

—Pudiera ser, pero no lo creo —contestó—. De todos modos, si me permites un consejo...

—Desde luego, Rol.

—Busca a tu amigo, el que te proporcionó los medios para fugarte y te dio luego los instrumentos que nos permitieron llevarnos un cubo de vidrio, pintado con oro. Quizá él sepa algo sobre el asunto.

—¿Sospechas que se llevó el bloque auténtico? Oh, pero eso no tendría razón de ser... No nos hubiera proporcionado los medios necesarios para robar el Banco.

—Quizá lo hizo antes y luego te permitió asaltar el Banco, para que las sospechas recaigan sobre ti. Sobre todos nosotros. Si la Policía te atrapa, tú negarás tener el oro, pero no te creerán. Ni a nosotros tampoco. Y nos tendrán en chirona el resto de nuestros días, esperando, acaso, que algún día nos ablandemos y decidamos hablar. Y, mientras, tu amigo, estará disfrutando de lo lindo y riéndose de nosotros a todas horas.

Lipstone juntó las mandíbulas de golpe.

—Sí, puede que haya sido así —exclamó—, Pero, en ese, caso, no le vamos a dejar que disfrute del botín. ¡El oro no sirve para nada en el infierno!

Podía haber añadido que el oro servía para enviar a la gente al infierno, pero no lo dijo. Agitó la mano y se encaminó hacia la puerta.

—Vamos a buscar a Frratn —dijo—. Lo traeremos aquí y le haremos cantar aunque no quiera.

—Ah, se llama Frratn… —murmuró Barras. Por primera vez, se enteraba del nombre del socio de su jefe, pero, bien mirado, era un detalle que no tenía importancia.

Lo interesante era encontrarlo y obligarle a confesar dónde estaba el oro.

* * *

Cansado, lleno de amargura, terriblemente decepcionado, Holcott llegó a su casa y abrió la puerta. Athasia le miró desde el fondo de la sala.

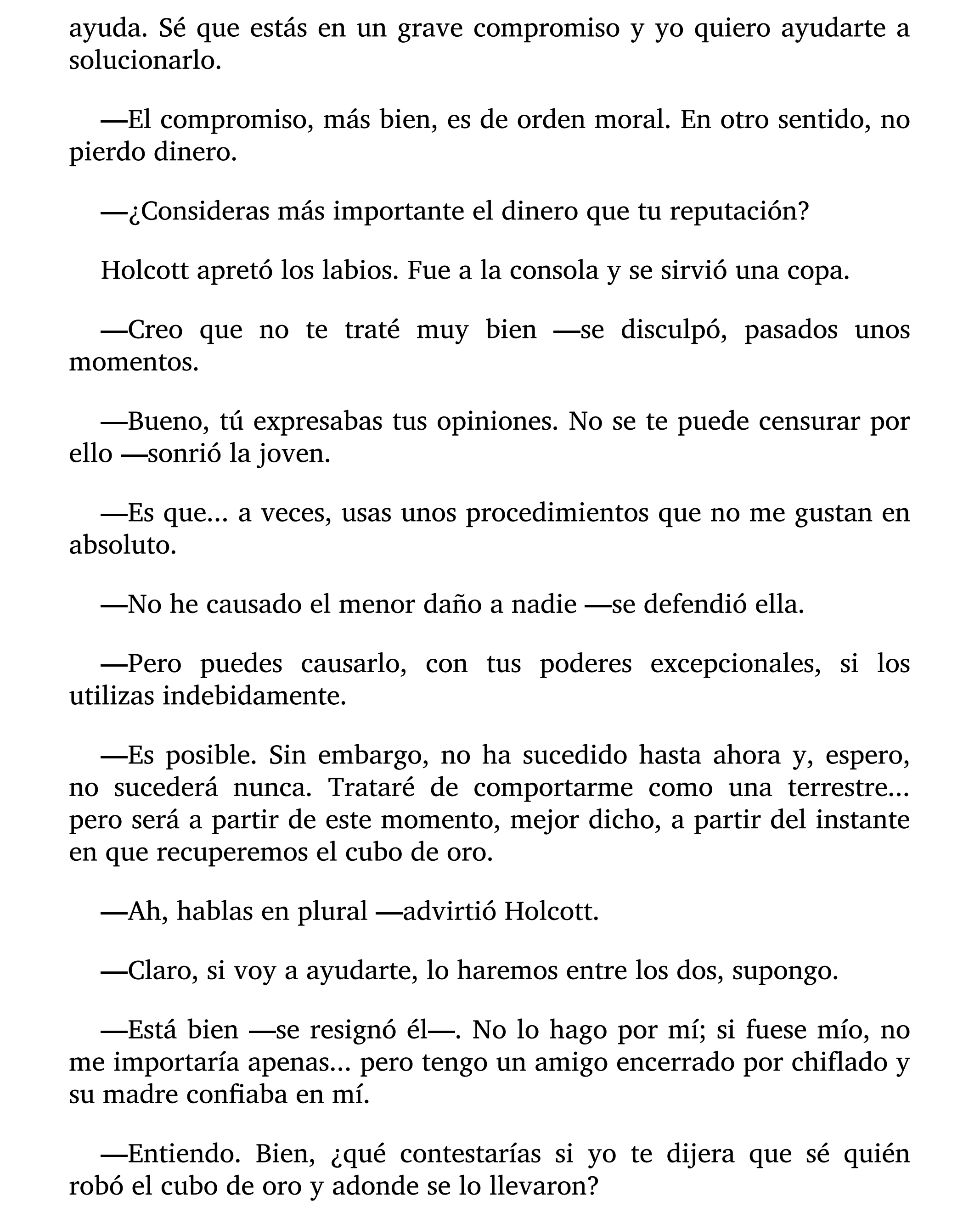
Durante unos segundos, permanecieron en silencio. Luego, Holcott preguntó:

—¿Qué haces aquí?

—He venido a ayudarte, Flush.

—No, gracias…

—Escúchame, no seas orgulloso. Ahora necesitas de veras mi



ayuda. Sé que estás en un grave compromiso y yo quiero ayudarte a solucionarlo.

—El compromiso, más bien, es de orden moral. En otro sentido, no pierdo dinero.

—¿Consideras más importante el dinero que tu reputación?

Holcott apretó los labios. Fue a la consola y se sirvió una copa.

—Creo que no te traté muy bien —se disculpó, pasados unos momentos.

—Bueno, tú expresabas tus opiniones. No se te puede censurar por ello —sonrió la joven.

—Es que… a veces, usas unos procedimientos que no me gustan en absoluto.

—No he causado el menor daño a nadie —se defendió ella.

—Pero puedes causarlo, con tus poderes excepcionales, si los utilizas indebidamente.

—Es posible. Sin embargo, no ha sucedido hasta ahora y, espero, no sucederá nunca. Trataré de comportarme como una terrestre… pero será a partir de este momento, mejor dicho, a partir del instante en que recuperemos el cubo de oro.

—Ah, hablas en plural —advirtió Holcott.

—Claro, si voy a ayudarte, lo haremos entre los dos, supongo.

—Está bien —se resignó él—. No lo hago por mí; si fuese mío, no me importaría apenas… pero tengo un amigo encerrado por chiflado y su madre confiaba en mí.

—Entiendo. Bien, ¿qué contestarías si yo te dijera que sé quién robó el cubo de oro y adonde se lo llevaron?

—¿Hablas en serio, Athasia?

—Lo sé todo —contestó ella.

—Pero, ¿quién demonios te lo ha dicho? —preguntó Holcott, terriblemente excitado.

—Frratn, naturalmente. El estaba complicado en el robo. ¿No recuerdas el cortador de metales? Era para dividir el bloque de oro en pequeños lingotes, que tendrían salida mucho más fácilmente. Cuando me enteré de la noticia del robo, recordé este detalle y fui a verle a su hotel.

—Ah, está todavía allí.

—Sí, claro, hasta que reúna a sus colegas. Entonces, se marcharán...

—Athasia, ¿qué hiciste para que te lo contase todo? —preguntó él recelosamente—. ¿Cómo lo obligaste a hablar?

—No empleé poderes excepcionales, si es eso a lo que te refieres. Simplemente, le amenacé con denunciar el caso a las autoridades de Ztaphur.

—¿Le habrían hecho algo? —se asombró Holcott.

—Está aquí, con una misión parecida a la mía, aunque de signo contrario. Pero no podemos causar daño a los nativos, a no ser que se trate de legítima defensa, y no es éste el caso. Él lo sabe y se da cuenta de que podría resultar gravísima-mente perjudicado si yo hablase en Ztaphur. Por eso se decidió a hablar.

—Entonces... ¿sabes quién ha robado el oro y dónde está?

—Sí, Flush.

Holcott agarró a la muchacha por un brazo y tiró de ella hacia la puerta. Su cansancio había desaparecido como por arte de magia. Nuevamente volvía a sentirse optimista.

—¿A qué esperamos? —gritó—. ¡Vamos a recuperar el cubo de oro!

CAPITULO X

El grupo de cuatro hombres desembarcó del aeromóvil y se encaminó directamente hacia el vestíbulo del hotel. El policía que se hallaba en las inmediaciones conocía a Barras y le extrañó verle en

compañía de tres individuos, dos de los cuales tenían una catadura harto sospechosa.

Aquellos dos tipos, dedujo, debían de ser los guardaespaldas de Lipstone, que ahora desempeñaban las mismas funciones junto a Barras. Pero, ¿quién era el cuarto individuo?

Lipstone se había fugado del penal. Resultaba lógico pensar que habría cambiado su aspecto. Y también parecía razonable que fuese acompañado de tres hombres de su confianza.

El policía ya no lo dudó más. Usó el transmisor de radio de pulsera y llamó a la Central:

—Habla el Número Cero Cinco Cuatro Uno, Fred Randall, situado en la entrada del «Sun & Stars». Cuatro sospechosos acaban de entrar en el hotel. Creo que uno de ellos es Lipstone. Procedo a investigar. Envíen refuerzos con urgencia.

—Enterado —le contestaron desde la Central.

Randall entró en el hotel. Lipstone golpeaba el mostrador en aquel momento, con gesto colérico.

—¡Le digo que tenemos que verlo con urgencia...!

—Lo siento, señor; el señor Frratn ha dado órdenes muy precisas y no quiere que se le moleste en absoluto —respondió, firme, pero cortés, el encargado de recepción.

— ¡Pues yo voy a verle, cueste lo que cueste! —vociferó Lipstone, fuera de sí.

Y, en aquel momento, sonó la voz del agente Randall:

—Será mejor que se separen de ese mostrador y se pongan en fila, con las manos en alto —ordenó, con la pistola en la mano.

Lipstone soltó una espantosa maldición. Tenía una pistola, pero no se atrevió a utilizarla. El policía sería más rápido, pensó. Si se distrajera un momento.

—He pedido refuerzos —añadió Randall, impasible—. Tardarán menos de un minuto en llegar. Debo advertirles que soy subcampeón de tiro de la Policía y que podría romper cuatro piernas de otros tantos tiros y en dos segundos, si intentan el menor movimiento

sospechoso.

Era mentira, pero sabía que impresionaría a los hampones. Y, sí, pese a su disfraz, era Lipstone.

—Has tenido mala suerte, Harry —sonrió—. De aquí, otra vez a presidio.

Lipstone se sintió repentinamente abrumado y, por pura vergüenza, no se echó a llorar. Otra vez a la cárcel y adiós a sus dorados sueños de riqueza, pensó amargamente.

* * *

Holcott hizo que el aeromóvil tomase tierra suavemente, a poca distancia de la casa, cuyas ventanas no emitían ninguna luz en aquellos momentos. Extendió la mano y se puso en pie.

—Quédate aquí —dijo—. Espera a que te llame.

—Son cuatro y estarán armados...

—Voy a explorar primero —alegó él.

Lentamente, se acercó a la casa y pegó el oído a uno de los vidrios, pero no percibió el menor sonido que le indicase había gente en el interior. Muy intrigado, se movió de lado hasta alcanzar la puerta.

Posiblemente, se habían marchado, calculó. La puerta, comprobó extrañado, no estaba cerrada con llave.

Empujó un poco y volvió a escuchar. Dentro de la casa había un silencio absoluto.

—Se han largado —dijo en voz alta—. Ya puedes venir, Athasia.

La chica acudió a la carrera. Holcott encendió la luz y contempló algo que le dejó estupefacto.

—¡Cielos! ¿Qué es esto?

El suelo aparecía sembrado de trozos de vidrio que parecían proceder de un espejo gigantesco. Enormemente intrigado, Holcott se

inclinó y recogió uno de los fragmentos de cristal.

—Esto es muy extraño. Yo siempre creí que los espejos se construían mediante el plateado de una lámina de vidrio, pero nunca oí que se emplease el oro —dijo.

Athasia, por su parte, también se sentía muy intrigada. Agachándose, recogió a su vez otro fragmento de vidrio, que tenía una forma muy peculiar.

—Tampoco yo he visto espejos con cantoneras hechas del mismo material —manifestó.

Holcott se volvió hacia ella y cogió el trozo de vidrio. Tenía forma prismática, aunque los bordes de la base eran muy irregulares.

—Un prisma triangular... Esto no es una cantonera, Athasia.

—Pues lo parece, aunque se ve claramente que está rota por la base.

—Sí, está rota, pero, si es un espejo, si era, mejor dicho, tenía tres caras.

—Dos laterales y una superior. O inferior, como quieras.

—Esto es incomprensible. No se fabrican espejos tan raros y menos aún con oro.

Athasia, no menos extrañada que el joven, empezó a buscar entre el enorme montón de trozos de vidrio que sembraban literalmente el suelo. Momentos después, había encontrado otros tres fragmentos análogos al primero y en forma de prisma triangular.

—Esto, más bien, parecen cuatro de los vértices de un objeto de forma cúbica —dijo.

Holcott se volvió hacia la muchacha. Estuvo mirándola un momento y luego, frenéticamente, empezó a rebuscar en el suelo.

Momentos después, ponía sobre la mesa otros cuatro trozos de cristal semejante a los anteriores.

—Un objeto de forma cúbica tiene seis caras, doce aristas... ¡y ocho vértices!

— ¡El cubo de oro! —gritó ella.

—Pero éste era de cristal, pintado exteriormente de oro...

Guardaron silencio un momento, mientras se contemplaban fijamente. Al fin, Holcott fue el primero en hablar:

—Athasia, ¿adivinas lo que estoy pensando? —preguntó.

—Sí, y sin necesidad de penetrar en tu mente. Me lo he prohibido a mí misma —sonrió la muchacha.

—Lipstone se evadió para robar el bloque de oro de mi amigo.

—Ayudado por Frratn, ya no hay duda sobre ello.

—Pero no había tal cubo de oro, sino un duplicado, hecho de vidrio y recubierto de una finísima capa de oro.

—Lo cual significa que el auténtico está en alguna parte.

—Exactamente, Athasia.

—Bueno, el Banco, quizá, no quiso arriesgarse a tener el bloque permanentemente expuesto...

—Es posible, pero yo no lo creo —objetó el joven.

—¿Por qué no lo crees? —inquirió Athasia.

—Mira, las medidas de seguridad eran excepcionales. Admito la posibilidad de que el Banco colocara un duplicado del bloque a la vista, pero no lo estimo probable. Para llevárselo de allí, hubiera sido preciso emplear métodos muy peculiares, aparte de que se habría necesitado más gente que cuatro forajidos, poco menos que analfabetos, al menos en ciertos aspectos. Recuerda, sin embargo, que lo consiguieron gracias a la inapreciable ayuda de Frratn.

—Eso es cierto. Sin él, no habría resultado posible —admitió ella.

—Pero Frratn, pese a todos sus poderes mentales, pese a disponer de aparatos e instrumentos nada comunes, no es infalible. En suma, no podía prever lo que había sucedido antes del golpe.

—Y, ¿qué sucedió, Flush?

—Simplemente, lo que se llama dar el cambiazo.

Ella entornó los ojos.

—Colocar el duplicado, simulando que es el original.

—Exactamente.

—Flush, eso tiene un punto débil. La operación se hizo con gran publicidad, mediante un enorme despliegue de propaganda, con transmisiones por televisión en directo. Alguno, creo yo, tendría que haberse dado cuenta de que se trataba de una trampa.

—No, por la sencilla razón de que había sido realizada con absoluta perfección. Y la trampa no habría sido descubierta jamás, de no haber sido por el robo que ejecutaron Lipstone y sus secuaces.

—De todas formas, hay algo extraño —dijo Athasia.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—Mira, yo misma presencié la ceremonia por televisión. El cubo fue trasladado en un vehículo especial y luego transportado por una grúa hasta el pedestal. Eran casi veinte toneladas y no se pudo emplear la pequeña grúa del furgón de transporte.

—Sí, utilizaron una de mayor potencia, aunque no mucho más grande —convino el joven.

—Bueno, se vio claramente que la grúa tenía que hacer el esfuerzo necesario para levantar el cubo de oro, Flush. Ahí no cabían las trampas…

—Y, sin embargo, se hicieron.

Athasia meditó unos instantes. Luego dijo:

—Tú estás seguro de que hubo suplantación, Flush.

—Absolutamente —respondió él con gran énfasis.

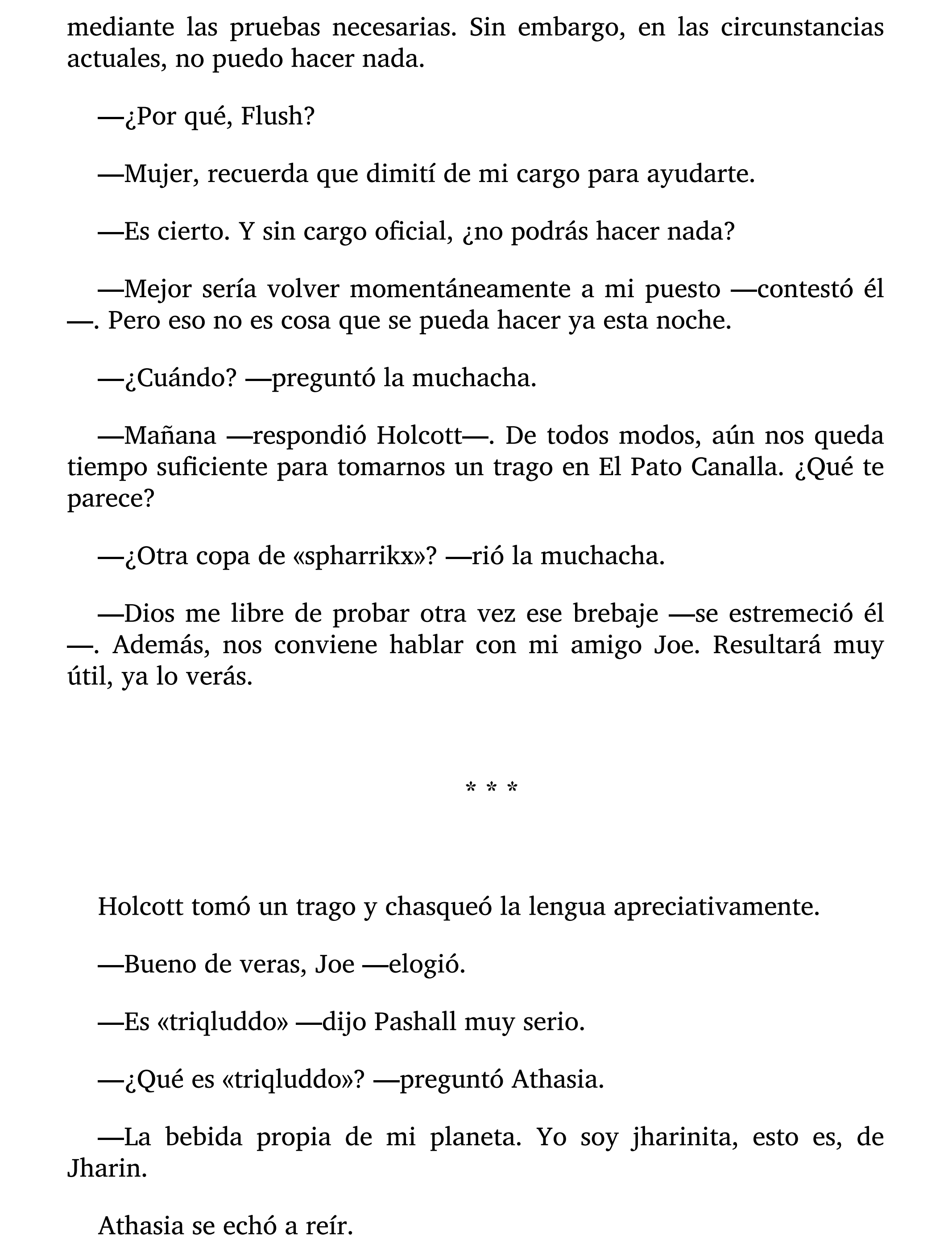
—En tal caso, ¿quién lo hizo?

De nuevo se produjo otra pausa de silencio. Al fin, Holcott chasqueó los dedos.

—Creo que lo tengo —exclamó.

—¿De veras? —preguntó ella ansiosamente.

—De momento, es sólo una sospecha, pero he de confirmarlo,



mediante las pruebas necesarias. Sin embargo, en las circunstancias actuales, no puedo hacer nada.

—¿Por qué, Flush?

—Mujer, recuerda que dimití de mi cargo para ayudarte.

—Es cierto. Y sin cargo oficial, ¿no podrás hacer nada?

—Mejor sería volver momentáneamente a mi puesto —contestó él —. Pero eso no es cosa que se pueda hacer ya esta noche.

—¿Cuándo? —preguntó la muchacha.

—Mañana —respondió Holcott—. De todos modos, aún nos queda tiempo suficiente para tomarnos un trago en El Pato Canalla. ¿Qué te parece?

—¿Otra copa de «spharrikx»? —rió la muchacha.

—Dios me libre de probar otra vez ese brebaje —se estremeció él —. Además, nos conviene hablar con mi amigo Joe. Resultará muy útil, ya lo verás.

* * *

Holcott tomó un trago y chasqueó la lengua apreciativamente.

—Bueno de veras, Joe —elogió.

—Es «triqluddo» —dijo Pashall muy serio.

—¿Qué es «triqluddo»? —preguntó Athasia.

—La bebida propia de mi planeta. Yo soy jharinita, esto es, de Jharin.

Athasia se echó a reír.

—Joe, tienes un humor magnífico, ¿no te parece, Flush?

—Sí, ahora que tienes pelo, parece otro —contestó el joven—. Bueno, dejando aparte el «triqluddo», necesito que pongas en

movimiento a los muchachos.

—¿Qué sucede, Flush?

—El bloque de oro.

—Ah, ya...

—El que robaron Lipstone y los suyos era una copia.

Holcott arrojó sobre el mostrador un pequeño fragmento de vidrio, dorado por una de sus caras. Pashall lo estudió con suma atención.

—El cubo auténtico está en alguna parte —dijo al fin.

—Sí, Joe.

—En los sótanos del Banco, claro.

—Creo que tampoco. Para serte sincero, alguien llevó ya al Banco un bloque falso, quedándose con el original.

—¿Sospechas de alguien en particular?

Holcott sacó una agenda de bolsillo, escribió un nombre en una hoja, la arrancó y la puso delante de su amigo.

—Sospecho de esta persona —dijo.

Pashall silbó.

—Vaya, quién lo diría —exclamó—. Es la persona en quien menos se podría pensar...

—Como en las novelas policíacas, el menos sospechoso es siempre el culpable —dijo Holcott.

—Muy bien, pondré a los chicos en movimiento. Marcianita, ¿otra copita de «triqluddo»?

—¿También en Jharin llamáis marcianos a los extranjeros de otros planetas? —preguntó Athasia sonriendo.

—Acabo de inventarme Jharin —contestó Pashall alegremente.

CAPITULO XI

Edward Livingstone, fiscal del distrito, contempló los trozos de vidrio que le habían llevado sus visitantes y luego, al cabo de unos momentos, se levantó y dio unos cuantos paseos por la estancia.

Pasado casi un minuto, se volvió hacia Holcott, sentado, como Athasia, frente a su mesa de despacho.

-—Flush, lo que me ha dicho usted es muy grave. Tenemos que andar con pies de plomo; no podemos actuar con pruebas circunstanciales. Hemos de conseguir pruebas que ningún defensor pueda refutar en absoluto.

—Lo sé, señor —contestó el joven—. Y creo hallarme en situación de poder conseguir esas pruebas y, además, recuperar el oro robado.

—Si fracasa, que Dios nos ayude —dijo Livingstone dramáticamente—, Pero le creo, sobre todo, después de lo que lie visto y usted me ha relatado.

Cogió uno de los vértices del cubo y lo miró atentamente.

—No se puede negar que el asunto no tenga ingenio —añadió—. Pero usted, espero no se quedará a la zaga. De acuerdo, queda adscrito nuevamente a mi oficina y ahora mismo le entregarán las credenciales para que pueda actuar legalmente.

—Eso significa que tengo las manos libres para actuar —dijo Holcott.

—Con todos los elementos y el personal que precise y sin reparar en gastos.

Holcott pensó en los billetes que había fabricado Athasia y se estremeció. Tendría que prohibírselo para lo sucesivo; no estaría bien que un ayudante del fiscal emplease moneda ilegítima, por muy bien imitada que estuviese.

—No creo necesitar elementos —respondió—. En cuanto a personal, tengo suficiente con la señorita Dbozih. Su ayuda será inapreciable, jefe.

—Perfectamente. En tal caso, no hay más que hablar, Flush. Por

favor, traiga pronto buenas noticias.

Poco más tarde, abandonaban la Fiscalía. En la calle, Athasia se volvió hacia el joven.

—Flush, creo que éste es uno de los casos excepcionales en que debo utilizar mis poderes...

—Ni lo sueñes —prohibió él enérgicamente—. Vamos a hacerlo a la manera terrestre. Es decir, investigando, adquiriendo información, formulando deducciones y luego estableciendo las conclusiones pertinentes. ¿Está claro?

—Sí, lo que tú digas.

—Tengo que preguntarte una cosa, Athasia. Tú has venido a la Tierra para adquirir información, con vistas a establecer relaciones de Ztaphur con este planeta.

—Así es, en efecto.

—Cuando termines tu misión, ¿qué piensas hacer?

—Bueno, regresaré a informar... —Ella miró a su alrededor—, Este planeta me gusta muchísimo. Quizá, si encontrase alguna razón poderosa que lo justificase, podría quedarme aquí a vivir para siempre.

—Es posible que encuentres ese motivo —sonrió él, a la vez que la agarraba del brazo—, Pero, en tal caso, tendrías que vivir como una terrestre más, sin facultades extraordinarias, sin penetrar en las mentes ajenas, abandonando tus poderes polimórficos...

—Me acomodaría a ser una terrestre más, puedes tenerlo por seguro.

—Este es un asunto que merece ser discutido en profundidad, pero ahora tenemos otro mucho más urgente —dijo Holcott.

—Sí, es cierto —convino Athasia—. Flush, ¿por dónde empezamos?

—Lo primero que vamos a hacer es ver nuevamente el reportaje del transporte del oro, desde el laboratorio de Hoxbury al Banco — contestó el joven.

* * *

El aeromóvil de transporte descendió de las alturas y se posó en las inmediaciones del Banco. Una potente grúa, movida sobre ruedas, se acercó al otro vehículo, esperó a que se abriesen las puertas y luego unos operarios sujetaron el bloque con las amarras correspondientes, debidamente forradas, a fin de evitar rayaduras en la lisa superficie del oro.

La grúa se movió lentamente. Las cámaras de televisión habían captado el menor detalle de la operación. Holcott y Athasia,- en una sala privada del edificio de la emisora que había tenido el privilegio de realizar el reportaje, volvían a ver lo que había ocurrido semanas antes.

Las puertas del Banco estaban abiertas de par en par. Numerosos policías protegían la operación y mantenían a raya al numeroso público que había acudido a presenciar el acontecimiento.

La grúa avanzó unos cuantos metros. Su largo brazo penetró en el edificio, muy despacio. Para permitir la entrada, se habían derribado unos metros del dintel, lo que facilitaba la operación en grado sumo.

El bloque de oro quedó suspendido sobre el pedestal, en el se habían colocado unos cilindros de metal, de unos cinco centímetros de diámetro. Luego, la masa áurea quedó apoyada sobre aquellos cilindros y los operarios retiraron las amarras.

El bloque quedó apoyado en los cilindros, los cuales, a su vez, fueron quitados uno a uno. Finalmente, sólo quedó el último, justo en uno de los bordes del cubo de oro. Con gran cuidado, fue retirado asimismo y diecinueve mil trescientos veinte kilos de oro quedaron situados sobre el pedestal.

La cabina de cristal que debería proteger aquella fortuna empezó a descender de lo alto. Pero a Holcott ya no le interesaba seguir contemplando aquella parte de la operación.

Inclinándose hacia adelante en su butaca, tomó un micrófono y dijo:

—Por favor, repitan todo de nuevo.

—Bien, señor —contestó el técnico que atendía a la proyección.

Las imágenes volvieron a repetirse. Holcott presentía que en alguna parte de aquella operación se hallaba la solución del enigma. Sin embargo, la proyección terminó, sin haber hallado ningún dato de interés.

Un tanto frustrado, pensó en macharse, pero, poseído por un extraño presentimiento, ordenó que se repitiera de nuevo la proyección de las imágenes.

—No sacarás nada en limpio —dijo Athasia, sentada a su lado.

—Es posible —admitió él—. Pero, aunque sabemos quién lo hizo, buscamos pruebas. No podemos actuar sobre la base de evidencias circunstanciales, compréndelo.

De repente, la cámara enfocó un sector de la cabina de la grúa donde se hallaba el operario que la manejaba. Holcott vio algo que se le había pasado antes por alto y levantó la mano.

—¡Quieto! —ordenó—. Pare la imagen ahí... Sí, en ese mismo punto. Dígame, ¿es posible una ampliación?

—Todo lo que usted quiera, señor —contestó el técnico.

—Amplíe al máximo. Quiero ver ese indicador.

Había una esfera en el cuadro de mandos de la grúa y la ampliación hizo que llenase la pantalla casi por completo. Athasia se sentía muy intrigada.

—¿Qué ves ahí, Flush? —preguntó.

—Fíjate bien. Es el indicador del peso que soporta la grúa. En ese instrumento, se ha descontado ya el peso del cable y de las amarras que sostienen el bloque. Por lo tanto, debe señalar solamente el peso del cubo de oro,

—¡Pero sólo señala algo más de ciento quince kilos! —exclamó ella, vivamente sorprendida—. ¿Cómo puede ser eso posible, Flush?

—Es que en esos momentos estaban colocando ya la copia, en lugar del original.

—¿Y sólo pesaba ciento quince kilos? —se asombró Athasia.

Holcott sacó su agenda y un lápiz, y empezó a hacer números. A los pocos momentos, dijo:

—Dado el espesor de las paredes de vidrio, que sabemos era de unos ocho milímetros, tenemos en total cuarenta y ocho mil centímetros cúbicos de volumen, cuyo peso es, teniendo en cuenta su densidad, de dos coma cuatro, aproximadamente, de unos ciento quince kilos.

—Te olvidas del oro, que forma el baño exterior.

—Su peso es despreciable. Probablemente, es una capa de una centésima o quizá una milésima de milímetro de espesor. Ten en cuenta que el pan de oro, que se emplea en la decoración, en las letras de libros encuadernados lujosamente y demás, se puede llegar a espesores de diezmilésimas de milímetros. Los ciento quince kilos que señala el indicador de peso de la grúa constituyen prácticamente el total de peso de Ia copia.

—Entonces, puede decirse que el operario de la grúa estaba de acuerdo con los ladrones.

—Más todavía, era uno de ellos.

—Pues lo supo hacer muy bien. ¡Qué manera de simular que manejaba un peso de más de diecinueve toneladas!

—Oh, sí, lo mismo que en algunas comedias, cuando un actor, que simula ser un forzudo, levanta pesas de trescientos kilos, que son simples bolas de goma pintadas de negro.

—No se puede negar que carezcan de imaginación —sonrió Athasia —. Bien, ya sabemos que al Banco llegó la copia. Pero, ¿dónde está el original?

—En seguida te lo diré. ¡Por favor, vuelva la grabación al principio!

Las imágenes se centraron ahora en el aeromóvil de transporte. Holcott leyó en voz alta el nombre de la agencia que se había encargado de llevar el oro desde el laboratorio al Banco.

—«Hillman Transports» —dijo—. Ahí, en sus oficinas, nos dirán quién fue el encargado de ir a buscar el oro al laboratorio de Hoxbury.

* * *

El encargado de la agencia sudaba copiosamente, mientras Holcott examinaba las órdenes de transporte correspondientes al día en que había sido llevado el oro al Banco. Al fin, sacó dos fichas y se volvió hacia el sujeto.

—Dos aerofurgones, que salieron de aquí el mismo día y a la misma hora. Uno. para buscar el oro. Otro, para transportar una carga sin importancia. Ordene llamar a los pilotos y haga que vengan en el acto con sus vehículos. No les advierta lo que sucede o será peor para usted —dijo severamente.

El hombre obedeció. Luego, Holcott le hizo salir a la explanada de estacionamiento.

Los dos aeromóviles llegaron con intervalos de un cuarto de hora. Holcott reunió a los pilotos y' al encargado y les dirigió una aguda mirada.

—Caballeros, en este asunto, por fortuna, no se han producido muertes, de modo que pueden salir bastante bien librados, si cooperan con la ley —dijo calmosamente—. Es mejor que hablen ahora que delante de un juez. Ello, sin contar con los registros de vuelo, que grabaron automáticamente los trayectos que recorrieron ese día. La decisión queda en ustedes.

Los tres hombres se miraron mutuamente unos momentos. Al fin, el encargado se decidió a hablar.

—Ya no hay por qué ocultarlo. El furgón número tres fue a buscar el oro al laboratorio. El doce fue a cargar el bloque de imitación a una fundición de vidrio que acababa de montarse en la Avenida Seiscientos Dos. Luego coincidieron en el trayecto durante medio minuto y se separaron después.

—Y el bloque de oro fue a parar a alguna parte, mientras la copia era llevada al Banco.

—Sí, señor —contestó el encargado desatentadamente.

—¿Sabe adónde lo llevaron?

El encargado se volvió hacia uno de los pilotos.

—Díselo tú, Mike.

—Lo siento, no lo sé. A diez kilómetros de la ciudad, y según me habían ordenado, aterricé con el aparato y una persona ocupó mi puesto. Aguardé allí una hora y luego me devolvieron el aeromóvil. Es todo lo que puedo decirle.

Holcott arqueó las cejas.

—¿No se le ocurrió examinar el registro de vuelo?

—Se hace una vez cada seis meses. Es preciso desprecintarlo... y el inspector lo habría sabido, aparte de que no está metido en el asunto...

El joven movió una mano.

—Desprecinte la grabación y entréguela —ordenó perentoriamente.

CAPITULO XII

El aeromóvil se acercó a la casa situada en un lugar aislado, en medio de un frondoso bosque y no lejos de un pequeño lago, que brillaba como una lámina de plata a la luz de la luna. Holcott encontró un claro y el aparato se posó silenciosamente en el suelo.

—Bueno, parece ser que el bloque está ahí —dijo, una vez fuera del aeromóvil.

—Lo encontrarás, pero, ¿cómo piensas llevártelo? —preguntó Athasia.

—Una vez que esté seguro de que lo he encontrado, llamaré por radio para que vengan a buscarlo. No es problema, créeme.

En silencio, sin hacer ruido, se acercaron a la casa, que aparecía silenciosa y a oscuras. De repente, Athasia notó un ligero cosquilleo en el cuerpo.

—Cuidado —siseó—. Hay una valla electrificada.

—Yo no la veo...

—No hay cables conductores. Es electricidad radiante.

—Va a ser difícil pasar —rezongó él.

—No lo creas.

Athasia sacó el cortador de metales y lo movió de abajo arriba. Unos ligeros chispazos brillaron en la oscuridad. Ella siguió ahora horizontalmente, hasta que el rayo de luz incidió sobre un arbusto situado a una docena de metros de distancia. El arbusto no ardió, pero sí se produjo un chispazo más brillante que los anteriores.

—Ya he destruido la valla —dijo la muchacha.

—Lo tenía muy bien disimulado. Era un arbusto artificial,

¿verdad?

—Es la mejor manera de evitar intrusos —sonrió Athasia.

El paso estaba libre y continuaron su camino. Cuando llegaban a la puerta, Holcott se volvió hacia la joven.

—Quedamos en que no utilizarías tus poderes...

—He empleado una máquina. Aquí, en la Tierra, las hay parecidas.

—Sí, tienes razón.

La puerta simulaba ser de madera, pero era de sólido metal. Athasia deshizo la cerradura con un par de descargas. Luego exploró el umbral y, al fin, se volvió hacia Holcott.

—Ya no hay peligro —dijo.

Holcott buscó el interruptor de la luz. Entonces vieron el oro.

Había gran cantidad de lingotes de oro, cada uno de un peso aproximado a los veinte kilos. Todavía, sin embargo, quedaba un buen trozo del bloque.

—Qué lástima —se quejó Athasia—, Era tan bonito, todo en una pieza...

—El oro, si no es como adorno o para ser utilizado como moneda, no merece la pena ser conservado —respondió él.

—Los Bancos tienen sus reservas de oro.

—Moneda, al fin y al cabo.

—Quizá tienes razón. Bueno, qué hacemos, Flush?

Holcott levantó la muñeca izquierda.

—Voy a anunciar que he encontrado el oro. Pediré refuerzos y medios de transporte —manifestó.

—Creo que no lo vamos a permitir, amigo —sonó de pronto una voz en la puerta de la casa.

Athasia se volvió y lanzó un gritito de susto, al ver a un hombre armado con una pistola, que les amenazaba de un modo que no cabía lugar a dudas.

* * *

Holcott procuró mantener la serenidad.

—¿Quién es usted, amigo? —preguntó.

—El nombre poco importa. Sin embargo, le diré que soy un íntimo colaborador de Drusilla Mannerbaum —respondió el desconocido.

—Y van a llevarse el oro...

—Adonde hace muchísima falta.

—Sus bolsillos, claro.

—Según se mire. Pero, como comprenderá, no se lo voy a decir...

Athasia entornó los ojos de pronto.

—Creo que no podrá llevarse el oro, amigo —dijo.

El hombre respingó.

—¿Por qué?

—Este planeta sienta fatal a los «tsurginos». Debería saberlo. Si yo

estuviesen en su lugar, me marcharía inmediatamente.

—¿Qué dices, Athasia? —exclamó el joven, atónito..

—Este individuo es de Tsurgon, otro extraterrestre, para que lo sepas. Su constitución, aunque análoga externamente, es muy distinta a la nuestra, aunque, si se esfuerzan, pueden vivir aquí durante mucho tiempo. Pero, inevitablemente, su organismo queda dañado y, si no se marchan antes de que el daño resulte irreparable, mueren de la forma más horrible que te puedas imaginar. Literalmente, se disuelven en la atmósfera terrestre, como te sucedería a ti si te lanzasen a un baño de ácido.

Holcott tenía la boca abierta.

—¿Es eso cierto?

—Rigurosamente cierto —contestó la muchacha sin inmutarse—. Ese tipo presenta ya los primeros síntomas de su enfermedad. Aún puede curarse, amigo; si se da un poco de prisa, podrá volverse a Tsurgon para que le curen.

—De acuerdo, me iré, pero me llevaré el oro.

—Entonces, no llegará a su planeta. Tiene que transportarlo en su nave, en la que, lógicamente, hay una atmósfera idéntica a la de Tsurgon. Esa atmósfera corroe el oro y provoca unos vapores tóxicos, que pueden causar la muerte en pocas horas.

El sujeto no quiso escuchar más. Lanzando un grito de pavor, dio media vuelta y echó a correr, desapareciendo en la oscuridad en pocos instantes.

Holcott meneó la cabeza.

—Athasia, sospecho que has engañadora ese pobre diablo —dijo.

—Sólo en parte. Al oro no le pasaría nada en su nave, si se lo llevase. Pero sí es cierto que la atmósfera terrestre acaba siendo muy nociva para los «tsurginos».

—Entonces… Drusilla también es… de Tsurgon.

—Puedes darlo por seguro, Flush.

—Y yo que creí que era una terrestre… Está visto que uno no se puede fiar ya de nadie en este planeta. Oye, ¿cómo demonios supiste

tú que no era de la Tierra?

—Por el acento. El acento de Tsurgon, por mucho que se esfuercen los nativos, resulta imposible de disfrazar cuando hablan otros idiomas.

—Tú, por lo visto, has recorrido muchos mundos...

—Recuerda, estoy aquí para conseguir mi doctorado en Exoantropología. Y, además, información. Nunca he estado en Tsurgon, pero sé muchísimas cosas de ese planeta y he hablado con muchos nativos.

—El tipo dijo que necesitaba el oro...

—Alguna excusa tenía que dar, ¿no?

Holcott se volvió hacia la muchacha y sonrió.

—No cabe la menor duda, conseguirás tu doctorado, porque te comportas ya como una auténtica terrestre.

—Creo que viene alguien —dijo ella de pronto.

* * *

Un aeromóvil aterrizó frente a la casa. Drusilla se apeó y caminó rápidamente hacia la entrada.

— ¡Habbuc! —llamó—. Habbuc, pronto, tenemos que darnos prisa; nos han descubierto...

Cruzó la entrada y se detuvo en el acto, al ver a dos personas a las que no esperaba encontrarse allí.

—Flush —dijo.

—Hola —sonrió el joven—. Te presento a Athasia Dbozih.

—¿Cómo está, señorita Mannerbaum? —saludó la muchacha.

Holcott frunció el ceño. Drusilla aparecía muy pálida. Incluso se divisaban ciertos lugares de su piel que daban la sensación de colgar

flácidamente, por haber perdido tensión natural.

Drusilla guardó silencio unos instantes. Luego volvió los ojos hacia el joven.

—Lo has descubierto —dijo roncamente.

—Cuando a Lipstone se le ocurrió robar el cubo de oro y vio que era una copia, empecé a pensar en la persona que podía haberse llevado el bloque auténtico.

—Y, por deducción, supiste que era yo.

—Bueno, viniste a verme de inmediato, prácticamente, apenas se conoció la noticia del hallazgo... Es más, acababas de saber que la familia Durkin me había nombrado su apoderado. En ese momento, se te ocurrió la idea de sustituir el cubo de oro por uno falso.

—No era mala idea, a fin de cuentas —contestó Drusilla.

—Eso es según el punto de vista de cada cual —respondió el joven —. Pero, además, cometiste un error muy gravé. -¿Sí?

—Buscaste cómplices en la agencia de transportes. Se te podía haber ocurrido la idea de que «arreglasen» el indicador de peso de la grúa. Sus marcas han quedado grabadas en reportaje que hizo la televisión.

—No se puede estar en todo —suspiró Drusilla.

—Habbuc se ha marchado —dijo Athasia.

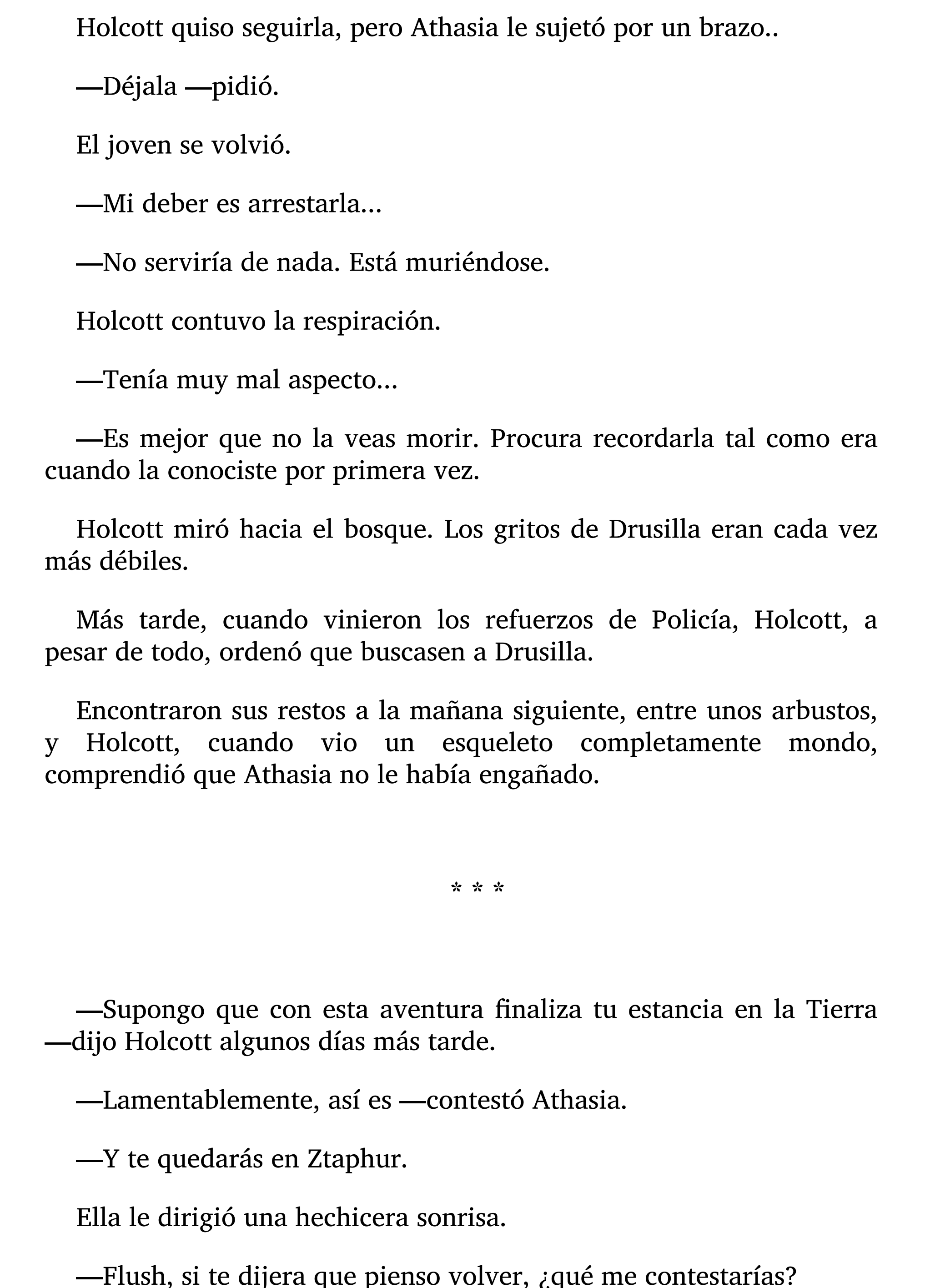
—¿Cómo? —gritó la otra.

—Ya lo has oído. Sabemos que es de Tsurgon, como tú. La atmósfera de la Tierra resulta, a la larga, nociva para vosotros. Le entró miedo y escapó...

—¡Se ha marchado! —dijo Drusilla, con los ojos fuera de las órbitas.

—Lo siento, pero así es.

Una chispa de luz se encendió no lejos de la casa y ascendió rápidamente hacia el cielo. Drusilla dio media vuelta y echó a correr, a la vez que gritaba con desesperación el nombre de su cómplice.



Holcott quiso seguirla, pero Athasia le sujetó por un brazo..

—Déjala —pidió.

El joven se volvió.

—Mi deber es arrestarla…

—No serviría de nada. Está muriéndose.

Holcott contuvo la respiración.

—Tenía muy mal aspecto…

—Es mejor que no la veas morir. Procura recordarla tal como era cuando la conociste por primera vez.

Holcott miró hacia el bosque. Los gritos de Drusilla eran cada vez más débiles.

Más tarde, cuando vinieron los refuerzos de Policía, Holcott, a pesar de todo, ordenó que buscasen a Drusilla.

Encontraron sus restos a la mañana siguiente, entre unos arbustos, y Holcott, cuando vio un esqueleto completamente mondo, comprendió que Athasia no le había engañado.

* * *

—Supongo que con esta aventura finaliza tu estancia en la Tierra —dijo Holcott algunos días más tarde.

—Lamentablemente, así es —contestó Athasia.

—Y te quedarás en Ztaphur.

Ella le dirigió una hechicera sonrisa.

—Flush, si te dijera que pienso volver, ¿qué me contestarías?

—Sólo una cosa: estaré aguardándote.

—Los «ztaphuritas» somos exactamente iguales a los terrestres.

—¿De veras?

—Bueno, salvo algunas diferencias sin importancias...

—No son diferencias importantes, en efecto —contestó él maliciosamente.

—Tú ya sabes a qué me refiero. Si no utilizo más mis poderes, seré como otra mujer terrestre cualquiera.

—Eso habría que verlo, Athasia.

Ella levantó la mano derecha y cruzó la izquierda en ángulo recto, a la altura de la muñeca.

—Lo juro —dijo solemnemente.

—Los juramentos se pueden romper...

—Un «ztaphurita» no rompe jamás su juramento, en ninguna circunstancia —aseguró la muchacha.

—Bien, en tal caso, cuando vuelvas, te pediré que te cases conmigo.

—Puedes darlo por hecho, Flush.

—A propósito, ¿cuánto tiempo vas a tardar?

—Un par de meses, como máximo.

—Se me harán un par de siglos —suspiró él.

—Pasarán antes de lo que te figuras.

—Una cosa, Athasia. Si nos casamos... bien, tendremos hijos, supongo.

—Soy perfectamente normal en ese sentido, como una terrestre —insistió ella.

—¿Heredarán tus... facultades?

Athasia sonrió.

—Esperemos a que hayan nacido —contestó—. Pero no es peligroso...

Holcott la abrazó estrechamente.

—Ven pronto; lo demás no importa —respondió con pasión.

* * *

Aquella misma noche, cuando Pashall estaba ya a punto de cerrar, Holcott entró en el bar y se sentó en un taburete. —Hola, Joe —saludó.

—¿Todo bien? —preguntó Pashall.

—Durkin está curado.

—Lo celebro, Flush.

—No vio visiones; todo fue real. Pero, claro, él no estaba preparado para un acontecimiento semejante.

—Sí, resulta lógico.

—Frratn y los suyos se marcharon. Aquí quedan sólo los «buenos».

—Gentes que sepan comprender a los seres de otros planetas, en suma, que no muestren sentimientos hostiles hacia ellos.

—Exactamente.

—Y los «tsurguinos» también se han marchado.

Pashall no mostró la menor sorpresa por aquellas palabras.

—¿Cómo lo conseguiste, Flush?

—En mi calidad de fiscal, registré la casa y el despacho privado de Drusilla. Encontré una lista muy particular y avisé discretamente a los interesados.

—Comprendo —Pashall torció el gesto—. La verdad, este planeta se estaba poniendo imposible.

—Una vez vi una película muy antigua, de principios del siglo XX. Salía un artefacto llamado tranvía, atestado de gente hasta en los

estribos. Iban a presenciar un partido de «rugby» en un estadio… Bueno, si no actuamos rápidamente, la Tierra se habría convertido en un tranvía cargado de público.

—Aquí sólo deben venir los extraterrestres decentes. Los demás, estorban.

—Sí, Joe, estorban.

—Tu marcianita volverá, ¿no es cierto?

—Dentro de dos meses te invitaremos a la boda. Ceremonia terrestre, por supuesto.

—Ah, te casas…

Pashall apoyó los codos en el mostrador y miró pensativamente a su amigo.

—Flush, nosotros, los «jharinitas», ¿conquistaremos algún día la Tierra?

—Yo diría que la hemos conquistado, Joe.

—¿De veras?

—Hombre, hemos echado a unos cuantos indeseables de otros planetas… Los terrestres ni se han enterado siquiera.

—Tampoco merece la pena que se enteren. Sí, creo que tienes razón; la hemos conquistado.

Pashall sonrió satisfecho y se acarició la hermosa mata de pelo que lucía sobre su cabeza.

—Ya ves, en Jharin, tan adelantados y parecen terrestres. ¡Tampoco han sabido encontrar remedio contra la calvicie!

Los dos hombres se echaron a reír.

—Tú no te casas, verdad, Joe? —dijo Holcott un poco después.

—Hay ciertas costumbres terrestres que son maravillosas: por ejemplo, la. soltería —respondió Pashall maliciosamente.

—Sí, las nativas están muy apetitosas —convino el joven.

Pashall sacó una botella y dos copas.

—En fin, vamos a celebrarlo —propuso—. Desde luego, esto no es «spharrikx». ¿Hace una copita de «triqluddo», Flush?

—¡Venga esa copa de «triqluddo»! —aceptó Holcott.

FIN